

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

MARZO - ABRIL, 1944

SUMARIO:

<i>André Gide</i>	ENTREVISTA IMAGINARIA
<i>J. Moreno Villa</i>	DE LA TIERRA Y LA PATRIA
<i>Mario Vicuña</i>	TURISMO INTELECTUAL
<i>González Vera</i>	BUENOS AIRES, IDA Y VUELTA
<i>Enrique Espinoza</i>	EL REGRESO DE HORACIO QUIROGA
<i>Horacio Quiroga</i>	SINFONÍA HEROICA (Y UNA CARTA INÉDITA)
<i>Hernán Gómez</i>	DOS ESTAMPAS DE CASTELAO
<i>Jorge Guerra</i>	SUEÑO DE UNA NOCHE DE 1940
<i>Sebastián Frank</i>	EL ESPÍRITU BUROCRÁTICO
<i>Los Libros</i>	"RANQUIL" DE REINALDO LOMBOY
<i>Las revistas</i>	"NEW ESSAYS" DE CHICAGO

Número: **20** *en Chile*

NUEVOS COLABORADORES DEL VOLUMEN IV

ANDRE GIDE. — El auto-reportaje que publicamos ha sido escrito para la revista "Fontaine" de Argel, donde reside actualmente el autor de "Los monederos falsos". Nuestro compañero Ernesto Montenegro nos lo ha enviado traducido, por correo aéreo, desde Nueva York.

GONZALEZ VERA. — Además de "Alhué", "Vidas mínimas" y un largo estudio sobre Baldomero Lillo, ha escrito una serie de cuentos y ensayos, no recogidos todavía en volumen como "La voz en el desierto" de nuestro número 17.

MARIO VICUSA. — Joven periodista chileno y ex-alumno de la Escuela de Arquitectura, que ha rehusado una beca Guggenheim por no estar de acuerdo con él esta observación de Bertrand Russell: hasta los que combaten al capitalismo aprovechan sus bolsas de viaje.

HERNAN GOMEZ. — Poeta argentino de la nueva generación. Ha publicado dos libros de versos. "Sonata del amor filial" y "Orilla nativa". Las composiciones que publicamos pertenecen a un ciclo escrito al margen de unas estampas del dibujante gallego Castelao.

JORGE GUERRA. — Escritor peruano de formación europea, con muchos años de residencia en Berlín, Viena, Praga, Madrid, Lisboa y otras grandes capitales donde ha seguido de cerca el movimiento internacional de los trabajadores.

B A B E L

Revista de Arte y Crítica

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera

Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 10 m/ch.

Suscripción a 6 números \$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,30 o/a.

Suscripción a 6 números 1,50 o/a.

Toda la correspondencia de B A B E L debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.

Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

André Gide

Entrevista imaginaria

Mi interlocutor no podía comprender que yo me interesara en la literatura de Estados Unidos. Con una extrañeza que no dejó de ofenderme, declaró que era lo que menos esperaba de mí...

—En el curso de mi larga carrera, le dije, he encontrado dos tipos de gentes: aquellos que se apegan, en la literatura y en el arte, así como en la naturaleza, a cuanto se les asemeja y se apartan en cambio de la obra que no les presenta un espejo en qué contemplarse. Y de otro lado están esos otros que en sus viajes por los países o los libros buscan una desemejanza instructiva al punto que mientras más difiere de ellos el paisaje, más les gusta. Yo estoy entre estos últimos. Ninguna literatura contemporánea despierta mi curiosidad tanto como la de la joven nación norteamericana. Sí, aún más que la de la nueva Rusia.

Le dije además que mi atención a la voz de Estados Unidos no era cosa de ayer y que creía estar entre los primeros que admiraron a Melville en Francia; que lo leyeron y lo dieron a leer a otros muchos antes de que Jean Giono emprendiera la traducción del admirable *Moby Dick*. Otro tanto por lo que se refiere al *Walden* de Thoreau. Recuerdo el día que Fabulet, con quien me topé en la Plaza de la Magdalena, me comunicó su descubrimiento: "Un libro extraordinario! y nadie hasta ahora lo conoce en Francia..." Ese libro estaba en ese momento en mi bolsillo.

Pero en lo tocante a la producción reciente, otros se me adelantaron: Malraux fué quien me dió a leer a Hemingway y Faulkner. Confieso que me tomó algún tiempo antes de aclimatarme a este último, al que considero ahora como uno de los más importantes, acaso el más importante de esta nueva pléyade. Sin embargo, aquel que me ha dado la más viva satisfacción es Steinbeck. Por lo que toca a Dos Passos, lo admiro más que gusto de él. Su mane-

ra me parece demasiado calculada; su *pointillisme* me fatiga, pese a su perfección; y veo en su intrépido modernismo el anuncio de una prematura vejez. Yo no lo sigo muy bien en su serie de instantáneas, que me deslumbran a menudo, pero que se quedan desperdigadas en mi espíritu, a punto que al terminar pacientemente la lectura de los dos tomos de *Manhattan Transfer* y del *Paralelo 42º*, me habría sentido absolutamente incapaz de concentrar mis impresiones sucesivas en torno a un tema central, y hasta incapaz de saber aún de quién y de qué cosas me hablaba su autor. Pero, en tanto que le leía de una a otra página, yo me sentía dominado. No había sino que reconocer que aquello tenía gran fuerza.

EL.—Desde que le hablo para un reportaje, permítame que le pregunte: ¿Lee a estos nuevos autores en el texto original?

Yo.—Ay, a menudo debo recurrir a las traducciones, bien que muchas de ellas me parezcan excelentes: las de Mauricio E. Coindreau y Michel Tyl en particular. Comprendo suficientemente la lengua inglesa, pero la americana tiende a diferenciarse, a mi ver, más y más, y con frecuencia me tropiezo con términos o giros nuevos que me hacen sentir la falta de un diccionario particular, ya que no figuran en ninguno de los corrientes.

EL.—Eso debe fastidiarlo mucho.

Yo.—Mucho menos de lo que podría creerse. Ocurre aún que el autor gana con estas pasajeras incompreensiones, y hasta podría ocurrir que se quedara por debajo de lo que mi imaginación le concede. Con todo, eso me impide juzgarlo... Así es como yo no puedo apreciar justamente la exactitud de ciertos diálogos en *Grapes of Wrath*, por ejemplo...

EL.—Este último libro de Steinbeck es considerado como su mejor obra.

Yo.—Prefiero sin embargo su "Batalla Indecisa". (*In Dubious Battle*). En este libro se presenta la más urgente, la más angustiada de las cuestiones sociales, casi diría que aparece en el escenario bajo la claridad más objetiva con una inteligencia psicológica profunda y un sentido artístico muy seguro, que invitan a la simplificación, al relieve penetrante, con lo cual esa imagen de una huelga y de todas sus complejidades se nos aparece con los contornos netos de una litografía de Epinal ejemplar. Pe-

ro, en mi entender, Steinbeck no ha escrito nada tan perfecto, tan acabado, como algunas de sus historias cortas que aparecen reunidas en el volumen *The Long Valley*, las que valen tanto como los más emocionantes relatos de Chejov, o los superan. (!)

EL.—"Fontaine" deseaba pedirle un estudio acerca de la literatura actual de Estados Unidos.

Yo.—No me siento en manera alguna preparado para esa tarea. He leído una veintena de obras de los nuevos novelistas, pero desconozco casi todo lo que han escrito sus poetas. Demos las gracias a nuestro amigo Jean Wahl que los presenta en francés.

EL.—Podría por lo menos darnos un juicio general sobre la obra de esos novelistas?

Yo.—Ni aún eso. Se necesitaría más distancia para eso. Por más que la interposición de la distancia equivalga a veces al paso del tiempo, tal como lo sostenía Racine en el prefacio de *Bajazet*, por alejadas de nosotros que nos parezcan esas obras, siempre nos tocan de cerca, ¿no le parece? Las obras de Hemingway sobre todo, y especialmente su "Adiós a las armas", en que se siente el aceceo de la marcha, el tumulto del vivir, y una sensibilidad empapada de inteligencia. Es el autor norteamericano que me gustaría más conocer personalmente.

EL.—Hemingway, lo admito, es el más europeizado de todos. En cuanto a los demás, le confieso que lo que hay de extraño en ellos me rechaza. La desolación y el horror de "Santuario", de Faulkner, me pone al borde de la locura. Me asfixio con los libros de Dos Passos. Es verdad que suelo reír con el *Journeyman* de Caldwell; pero es una risa lúgubre... Por cierto que cada uno de esos novelistas me parece de una originalidad vigorosa; pero como se explicaría usted después del optimismo a la vez ingenuo y resuelto, respiratorio, de un Whitman, de un Emerson, de un Melville (?) encontrar en los autores recientes ese fondo igual de abyección, de sufrimiento y de ceguera? De creerles, esas ciudades y campos de América ofrecen una anticipación del infierno.

Yo.—No hay tal. Cada uno de esos autores es realista, es verdad, pero de manera propia. El mundo que nos pinta, tiene menos de reflejo que de imagen íntima. Parece que cada uno de ellos se forma una imagen consciente de sí mismo por reacción. Faulkner, en particular, por su

formación puritana, es y sigue siendo, en el sentido llano de la palabra, un protestante.

EL.—Recuerdo las palabras de Rathenau que usted recoge en su Diario: “América, le decía a usted, carece de un alma y no merecerá tenerla mientras no se decida a arrojarse en el abismo del sufrimiento humano y del pecado.” Cito de memoria esas palabras por el efecto que me hicieron.

Yo.—Desde la guerra anterior la literatura norteamericana ha hecho mucho para sacar a las gentes de esa satisfacción inanimada que condenaba Rathenau; de ese estado de letargo trepidante y de inocencia mecanizada que nos pintaba el *Babbitt* de Sinclair Lewis. Ya Dreiser, el primero por la edad entre sus autores sombríos, para no mencionar siquiera a Edgar Poe...

EL.—Sí, esos autores han dado la gran zambullida en el abismo, sobre todo Faulkner; y sin embargo ninguno de sus personajes tiene un alma, en el sentido estricto de la expresión. Para ellos la cuestión moral no existe.

Yo.—Tampoco la nueva Rusia se preocupa de ello. Acaso la moral no existe sino como invención humana. ¿Nos ha atormentado ya bastante? ¿Será que la humanidad nueva está a punto de independizarse de ella?... Pero eso nos llevaría demasiado lejos.

EL.—Hay algo más que me sorprende: el aspecto violento y resueltamente literario, estético y a veces artificial de algunas de las producciones recientes. Me refiero al *While I am dying*, de Faulkner. ¿Será esta creación extraordinaria una nueva reacción?

Yo.—Contra el reportaje, no lo dude. Estados Unidos es el país de los repórters. Ahora bien, así como la fotografía puede apartar a la pintura de la reproducción exacta del mundo real, no sería de imaginar que en Norte América mejor que en cualquier otro país, el reportaje llevado a la perfección (como en el *Two Years before the Mast*, esa obra maestra de Dana) haya purgado a la literatura de lo que no le pertenece realmente? No lo sé. Me estoy anticipando... Estamos divagando.

Vea usted: aquí tiene uno de esos autores recientes, Dashiell Hammett, que no podría ser incluido con los cuatro grandes de que hablábamos hace un momento. También fué Malraux quien me lo dió a conocer; pero he procurado en vano adquirir su *The Glass Key*, que tanto me

recomendaba. Un libro que no se puede encontrar ni en el original ni en su traducción, tanto en el Africa del Norte como en los Alpes Marítimos. Es cierto que Hammett malgasta a menudo su talento en historias de detectives, maravillosamente ejecutadas, sin duda, tal como *The Thin Man* o *The Maltese Falcon*; pero poco honrosas, con todo (otro tanto podríamos decir nosotros de Simenon). ¡Qué importa! Considero su *Red Harvest* como un triunfo extraordinario, la apoteosis de la atrocidad, del cinismo y del horror. Los diálogos de Hammett, en que cada cual miente a quien lo hace mejor, y en los que la verdad se va des-embrazando penosamente del matorral de falsedades, sólo son comparables a los mejores de Hemingway. Le hablo de Hammett porque no veo que nadie le cite en Francia.

EL.—Nada me dice de Caldwell, talvez porque usted le concede menos importancia?

Yo.—Ni pensarlo. Esto no es una clasificación escolar. Si no le he dicho nada de Caldwell es por lo difícil que me parece hacerlo. El se me escapa de toda medida y de las teorías que me esfuerzo en exponer. Lo que le decía de los otros no calza bien con él. Se lo reconozco en su elogio. Pero donde vuelve a unirse a sus colegas es en el interés que pone en la vida. Todos estos escritores norteamericanos aparecen a una como infantilmente apegados al instante que pasa, por lo que ocurre a su vista, lejos de los libros, exento de raciocinios, de las preocupaciones y remordimientos que pesan sobre nuestro Viejo Mundo; y por eso mismo su trato puede sernos muy provechoso, ya que por nuestra parte estamos abrumados por el peso de nuestro rico pasado. Adiós. Déjeme pronto, antes de que las objeciones se me vengan a la mente.

J. Moreno Villa

De la tierra y la patria

Fulano me dice que quiere mucho a su tierra, y que quiere irse a ella. Fulano dice lo que sabe, pero ¿sabe lo que dice? Y no hago esta pregunta porque las circunstancias sean adversas para él. La hago como la hubiera hecho años atrás. Por amor a lo intempestivo.

Es evidente que cuando uno dice que se va a su tierra o que la ama sobre todas las cosas, habla por rutina y sin tener en cuenta el sentido lato que la palabra tiene en tales frases y mucho menos sus significados antiguos. Tales frases eran verdad en el campesino o en el propietario de una finca. Pero nosotros, la mayoría de los hombres, no tenemos haza, pegujal, fanega ni aranzada donde realmente depositemos ilusiones y preocupaciones. Nosotros somos, en verdad, Juanes sin Tierra. A lo sumo, con un departamento alquilado, cuyos baldosines nunca podremos considerar sinónimos de la patria.

Juan sin Tierra dice que la ama y que quiere volver a ella porque al decir tierra quiere decir patria. Ahora bien, ¿por qué prefiere un término a otro?

Patria es un concepto algo duro de roer. Patria es un concepto importado por algún humanista. No creo que el pueblo lo haya aceptado todavía. Hubo que adobarlo, diciendo "madre patria", disparate lingüístico, puesto que en él se tiñe de padre a la madre.

Si en España hubo matriarcado en las edades prehistóricas, como en Africa, lo lógico es que a la patria se la hubiera llamado *matria*, tierra madre.

Recordemos de pasada que en español decimos *lengua madre* y no *lengua padre*. Lo de padre se aplica hoy en jerga chulesca como ponderativo: "tengo un apetito padre", "fulano estuvo padre toreando".

Con la tierra nos ha pasado a los hombres lo que con el caballo. Hoy somos tan poco terratenientes como caballeros.

Pero el lenguaje es así. En buena parte, es todavía balbuceo, una tentativa de expresión. Los primeros individuos que se vieron en la necesidad de referirse a sus cantares, dirían: "Los cantares de mi tribu". Esto está bien, porque los cantares son emitidos por la gente. Pero después, alguien se atrevió a lanzar la fórmula: "Los cantares de mi región". Lo cual significaba quitárselos a los hombres y adjudicárselos a la comarca, esto es, a la tierra. E inmediatamente vino la tercera fórmula: "Los cantares de mi tierra". La gente se acostumbró a eso de ir pescando el sentido y se quedó tan tranquila.

¡Cantares de mi tierra! ¡Cantares de mi patria! Puras abstracciones o metáforas. La tierra no canta, ni mucho menos la patria.

Ya que estos dos términos son sinónimos, pasemos de la tierra a la patria. Las circunstancias me han obligado a concretar mis sentimientos y he llegado, al preguntar qué es ella en definitiva, a esta definición provisional: Mi patria era *una cosa* compuesta de los siguientes elementos: mis amistades, mis bártulos o pequeños bienes materiales, los senderos, calles y paisajes conocidos, el habla y todo el poso moral y estético que ella tiene y que se ha ido derramando en libros, pinturas, monumentos, leyes y costumbres.

Eso era mi patria. Y digo era, porque ya no puedo contar nunca más con el ambiente creado por mis amistades o relaciones, ni puedo contar con mis modestos tesoros de cuadros y libros. Los otros elementos de mi patria, el habla y lo urbano o paisajista, son bienes que no me arrebatan las revoluciones. Solo podría arrebatármelos un trastorno mental y he visto que mi meollo, aunque tambaleante, sobrevivió a la ráfaga cavernaria.

Resulta pues, que esa cosa tan compleja llamada patria se compone en parte de bienes sustituibles —aunque con fuertes desgarrones sentimentales— y en parte por bienes insustituibles. Puedo sustituir a mis amigos por otros y llegar a vivir en un ambiente parecido al anterior; los libros nacen en torno a uno materialmente, a veces contra el propio deseo; los cuadros y dibujos siguen saliendo de mi mano; los paisajes y las fisonomías urbanas me siguen hablando desde la impronta que dejaron en el cerebro, y, además, no impiden que se superpongan otros; a las nuevas leyes y costumbres se somete el hombre de mayor o menor grado, aún dentro de su país original; que-

da, pues, como último e irreductible elemento de patria, la lengua. Y eso es lo más grande y trascendental que México y toda la América Hispánica nos brindan. Por esto precisamente nos sentimos aquí los españoles en nuestra patria. Por el habla.

Lo cual, nadie nos puede robar. Yo podría haberme refugiado en un país de lengua inglesa, y al cabo del tiempo pensar en esa otra lengua. Pero lo hispánico absorbido en la vena de mi lengua original, toda esa corriente cargada con los sentimientos y los pensamientos de mis antepasados, con sus experiencias vitales y sus inalcanzadas ilusiones, eso no lo perderé ya nunca. Mi lengua es mi tierra inexpropiable y mi legítima patria. Ella es mi instrumento profesional y mi defensa.

Ya sé que el insensato o supersensato, siente ganas imperiosas de decirme que la patria es aquel Estado que nos alimenta y nos defiende; que la patria es un poder amparador. Así debería ser, en efecto, pero la realidad es otra. La experiencia nos muestra que los Estados cambian de criterio y, en determinados momentos, hacen añicos a sus llamados hijos. ¿Qué ha hecho un Estado moderno con un Einstein o un Thomas Mann? ¿Qué hace otro Estado, más o menos estable, con hermanos míos de primera calidad humana?

No. Esa patria que se llama Poder constituido, Estado o como sea, no es la verdadera patria del hombre. Por lo menos no es toda la patria. La verdadera es algo más cordial y más seguro. Patria y arbitrariedad, patria o violencia son conceptos irreconciliables.

Fragmento de "Roma no"

Mario Vicuña

Turismo intelectual

Desde que la inmensa caravana de rastacueros sudamericanos ha interrumpido su tradicional periplo europeo a causa de la cruenta invasión teutónica, —que indirectamente aquellos fomentaban en sus propios países con un nacionalismo *made in Germany*,— toda una manga, muchos años rezagada, pero no menos pintoresca de periodistas, escritores, conferenciantes y gente por el estilo, viene volando en forma oficiosa e insólita del Atlántico al Pacífico y del Pacífico al Atlántico para descubrir las ventajas de la buena vecindad inaugurada por el presidente Roosevelt.

Es lo que llamamos turismo intelectual, aunque también suele ser político y militar, para distinguirlo del otro que no precisa de adjetivo alguno en su absoluta desnudez.

Tan alto y calificado turismo tiene, claro está, características divertidas. Podríamos enumerarlas de golpe a la manera del personaje inicial de *Moby Dick*; más no se trata de alabar un turismo asalariado, a tanto el día de holgorio, en primer término, para condenarlo finalmente al fuego eterno.

Por lo pronto, un amigo nuestro ha tenido la delicadeza de no hacerse cargo de cierto saldo en dólares a su favor, que le fué ofrecido a su regreso. Y si hubo quien lo aceptó en forma de automóvil, era un regalo después de todo.

Sea como sea, es preciso admitir lo anterior como una excepción. En general, los periodistas, escritores y demás huéspedes ocasionales del Departamento de Estado, limitan su gozo a ser los primeros en el cielo de América, ellos que siempre fueron los últimos en todas partes.

Mr. Nelson Rockefeller, coordinador de asuntos americanos, que antes solo era el hijo del famoso magnate muerto, es hoy, gracias a los desheredados intelectuales sudamericanos, la misma encarnación de la palabra divina. Y quién sabe, si en este punto por lo menos, no se siente ya el hijo de Dios.

Porque a poco de actuar en público todo yanqui, pobre o millonario, se vuelve salvador. De la economía, la

moral, la cultura o lo que sea. Réplicas del *Rotary*, la *Ymca* y el *Reader's Digest* en nuestro idioma están produciendo algo parecido entre nosotros, arriba, en el centro y abajo. Con todo, los filisteos del Norte conservan la primacía. El decano de los novelistas americanos, Theodore Dreiser, tomando en serie esta disposición de sus compatriotas, ha escrito durante la época del pacto nazi-soviético, en un libro espúreo y consignerio, "América debe ser salvada", lo siguiente, que vale la pena recoger en toda su extensión:

"Es por hermosas palabras abstractas que preferimos llevar a cabo nuestros actos de salvación. Palabras como *Democracia* y *Cristiandad*. Solo pensar en los innumerables infieles que viven en los ignaros países tropicales nos produce insomnio y consideramos casi un deber sagrado imponerles nuestras creencias. Pocos hechos han horrorizado jamás a Norteamérica como el regreso de las Islas Marquesas, de Herman Melville, el gran novelista norteamericano de hace cien años, que proclamaba sin la menor vergüenza no haber hecho absolutamente nada por salvar a los indígenas de aquellas islas y que se jactaba, por el contrario, de admirar profundamente su modo de vida. Si Melville, a su regreso, se hubiese lanzado a la organización de una expedición salvadora, se le habría considerado un héroe. No lo hizo, y matamos a Melville como escritor, al tratarlo como un leproso social."

Fuera del exceso que puede haber en el horror manifestado a Melville, de quien no se hizo en vida mucho caso en la Unión, —lo mismo que de Whitman, cuyos poemas inmortales difunde ahora por radio el mismo Departamento de Washington que lo echó entonces por ellos de su modesto empleo burocrático,— el reproche de Dreiser es sin duda completamente justo.

Y aún cuando hoy la presencia de Mr. MacLeish en la biblioteca del Capitolio parecería indicar un vuelco extraordinario en la cúspide, no hay tal. El mismo MacLeish llama *irresponsables* a los escritores y eruditos que no comparten su línea zigzagueante de los últimos años ni su actual euforia bélica.

En cuanto a Mr. Roosevelt o Mr. Wallace, que dejaron hundir a la República de los intelectuales españoles, dispensan ahora en plena guerra tiempo y aviones para escuchar los discursos de sus oscuros colegas del Sur,

sin tomar en cuenta siquiera las advertencias del mas eminente maestro de la intelectualidad americana.

Ahí está John Dewey clamando en vano desde las columnas del *New York Times* contra la complicidad oficial con Hollywood para presentar como espías y criminales a los compañeros históricos de Lenin, al mismo tiempo que la Universidad de Pittsburg hace doctor honoris causa al generalísimo Trujillo en una fiesta diplomática.

¿Es posible sentirse halagado por una invitación de tales centros de cultura tras un ejemplo tan grotesco y sabiendo además que Bertrand Russell mismo encuentra dificultades para ocupar una cátedra en Nueva York?

Desde luego, las más grandes figuras literarias de Iberoamérica no han ido a buscar títulos al Norte. Salvo algunas excepciones respetables el mayor número es reclutado todavía entre los jóvenes bien pensantes que han hecho mérito ante algunos funcionarios del Departamento de Estado. Otros se imponen por su grafomanía erudita o simplemente por sus traducciones de autores yanquis cuidadosamente expurgados de cualquier libro inoportuno.

El caso de Joaquín Edwards Bello rechazando una de las primeras invitaciones llegadas a Chile no es único. La "buena vecindad" junto a plumíferos fascistizantes no es agradable ni aún para quienes tienen puntos de contacto con ellos en la vida cotidiana.

Vistos a la distancia, coincidiendo alrededor de las fastuosas recepciones a los dictadores que los tienen alejados de sus propios gobiernos, dichos intelectuales anti-imperialistas dan la impresión de partiquinos de una ópera bufa.

Hasta un observador europeo poco enterado de pormenores, no deja de anotar el fenómeno, al analizar la demagogia hitleriana. En el extraordinario libro de Franz Neumann, *Behemoth*, publicado en inglés a costa del Instituto Rockefeller y en castellano, a la sombra del gobierno de México, puede leerse lo que sigue:

"Una vez que Norteamérica comprenda la solidaridad panamericana, se dará cuenta de que ésta tiene que basarse en la cooperación entre grandes masas de trabajadores, campesinos y clase media y no solo en tratos con los grupos dirigentes de Iberoamérica, dispuestos a aliarse con una gran potencia que quiera garantizarles su *status* político, sus prerrogativas y sus lujos".

En efecto, no es posible aceptar la buena vecindad solo como un intercambio de pequeñas y grandes granjerías entre altos y bajos mandarines y menos como un aprovechamiento recíproco y circunstancial impuesto desde afuera. Nada práctico y definitivo podrá crearse así.

Todo lo contrario. El derroche oficial y la moda ambulatoria y discursera en nombre de la "americanidad", que tiende a convertirse ya en epidemia, puede contagiar hasta los sectores más inmunes.

Algunos líderes sindicales —licenciados, maestros de escuela, obreros convertidos en burócratas— vuelan ahora todas las veces que pueden de un extremo a otro del continente para apresurar la liberación del proletariado en conferencias sin término y sin principios.

A los escritores corresponde volver a estos y aquellos a su lugar aunque sea por el ridículo cuando el asunto no da para más. Que los políticos enmascaren las ideas para ganar elecciones importa poco, en tanto dejen de hacerlo algunas plumas incorruptibles.

El turismo intelectual no ha producido hasta hoy una sola obra seria y sí un montón de libros superficiales, muy inferiores a los que se han escrito en el Norte acerca de la América Hispana.

Uno de los más hábiles repórters yanquis, Carleton Beals, autor de numerosos volúmenes más o menos periodísticos sobre casi todos los países donde ha vivido, desde México al Perú, ha intentado reflejar "sin lazos oficiales y sin propósitos de propaganda" la opinión de algunos profesionales nuestros sobre la política del buen vecino, en una encuesta patrocinada por la revista *Look*. Pero la contestación del Dr. Picado, de Costa Rica, no llegó a publicarse fuera del "Repertorio" porque decía entre otras cosas: "...el hecho de que los gobiernos de los Estados Unidos no solo reconozcan a los sátrapas del Caribe, sino que les den fondos, so pretexto de llamarse a sí mismos "Demócratas", no solo desvirtúa su política, sino que aunque sea sincera, no podrá justificarse ante la historia."

Lo que prueba, *última ratio*, que mientras no tengamos un filósofo, un estadista o un poeta verdaderamente representativo y universal, el pueblo norteamericano ignorará nuestra voz, a pesar de todos los turistas de nuevo cuño que lo visitan periódicamente por agencia del Departamento de Estado y la Biblioteca de Washington.

Buenos Aires ida y vuelta

Cuando llegué a la pampa, tan cantada por los gauchescos, comprendí que estaba en Argentina, porque Mendoza, aunque medie la cordillera, es una prolongación muy agradable de Chile.

El habla, las costumbres, la vegetación lo están recordando. Se parece a ciertos barrios de Santiago y algo tiene de nuestras ciudades del sur, salvo la malhadada costumbre de embaldosar hasta los dormitorios.

Tuve que pernoctar en un hotelillo y el cuarto era polar. Cuando vino la criada manifesté mi extrañeza por el piso, pero me informó que la baldosa los hacía muy higiénicos.

Al atardecer, la pampa se convierte en un lago ligeramente azulado. Si una casa lejana tiene encendida su chimenea, en el acto se trasmuta, en un barco.

Cuando el viaje comienza en la mañana, el chileno siente necesidad de ver un cerro que corte esa llanura infinita, pero cerros solo hay en Córdoba o en La Rioja. Uno se consuela recordando entonces el verso de Valle-Inclán... "la pampa enorme con su sonsera". Pasan las horas y la pampa no termina. Si al menos hubiese una jornada de bosque, pero tampoco lo hay, salvo tres o cuatro muy pequeños. Las trece horas son mortales.

La única compensación son los pájaros, que abundan. Son famosos los horneros por sus nidos descomunales. El pájaro es amado por algunos porteños a través de Hudson. En departamentos donde apenas cabe su habitante, hay sitio para muchas jaulas.

El forastero, que transita por los barrios ricos de Buenos Aires, quedará sorprendido ante el número de sirvientes con librea, que entra o sale de las mansiones o ambula por sus vías. Hay en esos sitios un incontenible sentimiento monárquico.

El Cementerio de Recoleta, parecido al católico de Santiago, fuera de la riqueza de sus monumentos funerarios, presenta al visitante algunos ataúdes con el costado y la tapa de cristal tal vez para que los deudos puedan verificar la evolución física del difunto.

Las plazas bonaerenses están arboladas con magnolios gigantescos, cuyos brazos abarcan más de diez metros. Pero la maravilla porteña es su río con una sola ribera, que ciñe a la ciudad por su flanco derecho. El que llega piensa que la capital debió trazarse en función de ese gran río, es decir, que su ribera estuviese aislada en toda la extensión urbana y que las calles que a ella van fuesen lo más anchurosas posible.

En los restaurantes suele comer la familia entera: Por poco dinero se comen esos asados de carne excelente. Fuera de la carne, la cocina bonaerense ha sufrido el influjo de la italiana. Hay pasión por las pastas. Los guisos más populares, esos que se escriben en un pizarrón especial, tienen nombres con doble ceta. Aunque hay muy buenos vegetales el porteño es reacio a comerlos.

La costumbre de limpiarse los dientes con palillos, en presencia de extraños, sin excluir a las señoras, se observa con rigor.

El café es en la capital del Plata lo que la taberna en Santiago. El argentino no es bebedor. El vino corriente, mendocino, contribuye a esta morigeración porque es —para el paladar chileno— un tanto ácido. ¡Benditos los países que producen mal vino!

Al café se va en la mañana, después del almuerzo, al término de la comida y eventualmente a toda hora. Sirve de club, punto de cita y lugar de aislamiento. Lo sorprendente es que solo van hombres. En ciertas cafeterías hay una sección, aislada por una baranda, que acoge a las familias, a parejas de mujeres, mujeres con niños, mujeres con hombres. Ver una mujer sin compañía es novelasco.

¿De cuándo viene tal costumbre? Quizás de la época en que los vapores vaciaban multitudes de inmigrantes. Entonces escaseó la mujer.

Abriéronse cafés sin mujeres, negocios sin mujeres, hoteles sin mujeres y todos los actos del inmigrado tuvieron un carácter masculino obligatorio.

Ella fué una obsesión y consumía los mejores pensamientos. La dama que se aventuraba a salir sin acompañante era asediada, codiciada, palpada y requerida de inmediato amor.

Ahora hay en Buenos Aires tantas o más mujeres que hombres, pero queda la idea, y como el ser humano vive más de ideas que de realidades, continúa solicitándola con premura, con urgencia inaplazable. Esto explica que las señoras no miren ni sonrían al hombre en la calle. Miran delante de sus pies, miran al horizonte y van con el rostro yerto. Esto no importa porque el varón la mira siempre con ese interés del que ve a la mujer por primera vez.

El porteño no se come con tanta frecuencia como nosotros, que estamos excusados por cierta herencia andaluza, letras o sílabas. Mas, ha caído en la maña de modificar los acentos y suprimir del todo la elle. En palabras como siéntate o ven, dice sentate y vení. Su delito va más lejos aún. Ha dejado crecer un lenguaje que llama lunfardo, especie de italiano deformado, que mezcla con el español. Este revoltijo, en un momento de debilidad mental ocasionada acaso por un acceso de nacionalismo, quiso erigirlo en idioma nacional.

Los profesores, escritores y las personas cultas no pueden sustraerse al magnetismo de los malos acentos y las adiciones viciosas. Algunos que sienten hambre de hablar bien, se excusan achacándolo a sus largos años de vida en el extranjero. Otros economizan centavo a centavo para irse de veraneo a cualquier país cercano. Allí no hacen sino hablar. Modulan como golosos sílaba por sílaba y colocan los acentos donde se debe.

Los maestros, mientras dura la clase, respetan la majestad del idioma español, pero apenas suena la campana vuelven al vicio. No hacerlo sería pecado de afectación. A quien se expresa cuidadosamente, sin haber vivido en el extranjero o serlo, se le reputa alumno de la facultad de letras.

Sin embargo, los argentinos escriben muy bien y con pureza. Su prosa es vibrante, discursiva, con vuelo.

Aunque en la capital el tiempo es máspreciado, dicen lo que desean con la abundancia necesaria. Nuestra prosa resultaría en Buenos Aires monótona y descolorida.

El porteño lee bastante. Desde luego todo lo europeo y lo norteamericano. De Chile conocen a Gabriela Mistral y Pablo Neruda. De sus propios autores reeditan a menudo "Facundo", "Martín Fierro" y "Don Segundo Sombra". Imprimen obras muy lujosas referentes al gaucho, y hay varios recolectores de adivinanzas, cuentecillos, refranes y romances que luego publican en libros de tres o más kilos de peso. El dinero abunda y circula con generosidad por las aulas y centros de investigación. Todo es estudiado implacablemente. Los patricios argentinos, aunque lleven en sus nichos un siglo o más, son perseguidos por un cardumen de especialistas que avalúan lo que dijeron o no dijeron y que pesquistan cada una de sus acciones. Esto termina por privar a los arquetipos de su realidad histórica y quedan como entes legendarios.

El bonaerense es más alto y apuesto que el santiaguino. Además, lo supera en sus camisas, sus corbatas y sus vestiduras siempre excelentes.

Su peinado es impecable y su calzado reluce, lo que acusa preocupación en un clima que todo lo humedece. Es posible que el gran empleo de gomina que allí se hace sea imposición de la atmósfera que pone pegajosos la piel y el cabello.

Ver un individuo con sus ropas destrozadas es rarísimo. No cabe otra explicación que una tremenda desgracia económica, o que sea de nacionalidad chilena.

Así como en Santiago abundan las tiendas y los tenduchos de modas femeninas, en Buenos Aires hay plétora de sastrerías, corbatinerías, sombrererías y de cuanto negocio se ocupa del traje masculino.

Un chileno me decía: "el argentino no bebe, no encuentra qué hacer con la plata... y se la echa toda encima".

El argentino es más europeo que el chileno. Viaja a Francia, va a Italia, visita Inglaterra. Recoge con rapidez todos los ecos del pensamiento europeo y los incorpora a su cultura. En Buenos Aires no hay idea, filosofía o siste-

ma que no tenga sostenedores. Las escuelas literarias y artísticas son absorbidas en un santiamén. Todo esto crea una ligera confusión pero abre caminos al espíritu nacional. El italiano da el brillo y la livianura. El español impone la trascendencia. Los eslavos aportan la inquietud. Todo en la capital rioplatense parece estar en ebullición. Domina un ambiente babélico, enriquecido constantemente con nuevas disonancias. Hay juventud.

La mayor diferencia entre un argentino y un chileno reside en cómo uno y otro hablan el español. El chileno se come con método las eses y las dees, no emplea toda su voz y quisiera no decir sino las palabras justas. Tiene a la síntesis, aunque a menudo no lo consiga. Lo que dice es para sus auditores inmediatos. Sólo por excepción habla al país o al continente.

El argentino, con su tono acezante, emplea el verbo para que lo escuche el mundo. Es afirmativo y definitivo.

Cuanto dice responde a un sentimiento de grandeza. Muestra al viajero la calle más ancha del universo, o la vía más dilatada de sudamérica. Sus comparaciones son continentales o mundiales. Lo minúsculo, lo reducido, lo pequeño no tienen casi lugar en su vocabulario. Aunque esté en silencio conserva una actitud de dominio, un aire arrogante, algo propio de la estatua animada.

La grandiosidad argentina, sino arranca de su suelo interminable, tiene un lejano antecedente. En alguno de sus museos vi un grabado acerca del entierro de un personaje. Hay una carroza tirada por no menos de veinte parejas de caballos. Es un grabadito que impresiona.

Es singular el orgullo que siente el porteño de su nacionalidad. Le parece en sí una fortuna. Se dictan conferencias sobre "la conciencia de ser argentino" y otras tan imperativas como esta. ¡"Seamos más argentinos!"

Las revoluciones que sufre Buenos Aires son menos bulliciosas que las que padece Santiago. La del cuatro de junio me encontró en la calle Florida. Cada media hora llegaba un rumor... Las tropas avanzan hacia la capital... Dos microbuses fueron tomados entre dos fuegos y murieron treinta y dos civiles.

Aparte de la muerte de civiles no se sospechó, en la mañana, qué otro objeto podía tener. No era una revolución social.

El viandante no mostraba ningún interés por averiguarlo. Seguía su camino.

Después se supo que habían llegado tropas al palacio presidencial. Las calles seguían con su ritmo acostumbrado. Quise enterarme y anduve varias cuerdas. En un sector de Avenida de Mayo, gritaba una partida de jóvenes:

—¡Queremos democracia y libertad!

Algo temían y con su grito cumplían un deber, querían sugerir un rumbo, aunque estuviesen convencidos de que la libertad, ay, nunca está cerca de las espadas ni de los fusiles. Cada muchacho se escudaba en una gran bandera, y entre un grito y otro cantaban el himno para obligar a los policías a mantener la diestra junto al quepis. Apenas cesó el canto, los polizontes se arrojaron sobre los jóvenes y con golpes eficaces y bombas lacrimógenas los disolvieron.

Durante la tarde uno que otro individuo pasaba corriendo. En el acto sonaban las cortinas metálicas de los negocios y los medrosos comerciantes dejaban ver sus cabezas pensativas.

Al anochecer, un piquete de soldados a caballo apareció en Florida.

—¡Qué raro es que no nos echen flores! —decían algunos soldados, y miraban hacia las ventanas de los pisos superiores. Parece que en el alzamiento de Uriburu las porteñas les dispensaron un homenaje floral.

Más tarde, anochecido ya, se podía leer en un pizarrón que “la revolución triunfante” pretendía “acomodar la enseñanza a la palabra de Cristo”. Sin ser muy novedoso este programa, indicó que la sublevación nada tenía que ver con las ideas mahometanas.

Los pocos argentinos que miraban el pizarrón, permanecían silenciosos, como si se tratara de una noticia referente a Birmania. No obstante, alguien profetizó:

—Esta va contra Patrón Costa, no cabe duda. Es posible también que rompan con el Eje para ayudar al esfuerzo de las Naciones Unidas. Me pareció agradable creer lo último.

En los días que vinieron no hubo bajas entre los civiles, y un increíble número de generales y coroneles se puso a la cabeza de los grandes servicios públicos.

Los militares ufanos ambulaban por las calles y entraban a los restaurantes. La gente se miraba la puntera de sus zapatos. (Yo que me iba sintiendo porteño, me dije: “no todo está perdido”).

Y me vine a Chile.

Los civiles sufrirán mucho, pero Argentina, tan rica y poderosa, puede sobreponerse a todas las hecatombes, sin exceptuar el régimen de botas. Claro es que los pesimistas, siempre numerosos, preferirían una epidemia de viruela o de gripe, porque se las supone más pasajeras.

El regreso de Horacio Quiroga

La primera experiencia en torno a la muerte de un escritor famoso, unido a nosotros por largos años de amistad y compañerismo, se la debemos al gran cuentista rioplatense, Horacio Quiroga, que víctima de una afección cancerosa irremediable, puso fin a sus días en un hospital de Buenos Aires, el 19 de febrero de 1937.

A Quiroga le hubiera gustado morir en su jardín de San Ignacio, junto a los altos árboles de la hermosa meseta que domina el Paraná, inclinado sobre sus queridas plantas, —como nos decía en una de sus últimas cartas de Misiones. Pero el signo adverso bajo el cual había nacido y que contrarió empeñosamente a lo largo de su vida ejemplar, se le impuso al fin como un Gólgota expiatorio, al cerrar los claros ojos de su barbado rostro nazareno.

Entonces, todo el camino hecho por el maestro durante cerca de cuatro décadas de continua brega por un genuino arte narrativo, no divorciado de la realidad más fantástica, se redujo de golpe a un común denominador: el de su estoico gesto final.

Llevadas sus cenizas en forma ostentosa y lamentable al Uruguay —cuyo suelo abandonara en su juventud para no volver sino unas pocas veces a Montevideo y jamás al Salto, donde ahora se guardan— centenares de artículos patrioterios y sensacionales desfiguraron pronto la verdadera personalidad del artista ido, so pretexto de uruguayanizarlo definitivamente.

Literatos desaprensivos que nunca entendieron el renacimiento de Quiroga en la selva misionera, se limitaron a retrogradarlo a la época de su accidentada formación finisecular que, naturalmente había dejado profundas huellas en su espíritu.

Ya en vida del autor de *Los perseguidos*, muchos se mostraron más preocupados de su origen nacional que él mismo: uruguayo entre los uruguayos y argentino entre los argentinos. Solo cuando se trataba de premios literarios en metálico, Quiroga era invariablemente argentino para los uruguayos y uruguayo para los argentinos. Por eso, a pesar de la excelencia de su obra, no consiguió la más mínima recompensa oficial (*), en ninguna de ambas capitales del Plata.

¿Es mucho, pues, que al cabo de veinte años de trabajo, ante la imposibilidad de afrontar sin más fuente de recursos que la de su pluma, el mantenimiento y educación de sus hijos, Quiroga solicitara carta de ciudadanía en Buenos Aires?

Por suerte, un amigo de su juventud consiguió al mismo tiempo adscribirlo a la Cancillería del Consulado Uruguayo como secretario, y así, durante un par de lustros, el cuentista pudo dedicarse a ordenar su labor inédita y proseguirla con relativa holgura.

El Salvaje, Anaconda, El Desierto, Los desterrados... títulos que comprendían cada vez mayor número de cuentos misioneros en el sentido local de la palabra, aseguraron pronto a su autor un lugar único en el movimiento literario argentino, al punto que a la publicación de su novela última, *Pasado amor*, el crítico Alberto Zum Felde dijo en un diario de Montevideo: "Pues bien, creemos que ha llegado el momento de resolernos a suprimir el nombre de Horacio Quiroga del índice de la literatura uruguaya".

Este nacionalismo exclusivo, tan ajeno al temperamento de Quiroga, —que por su alcance continental como escritor tenía derecho a ser llamado americano y no solo argentino o uruguayo— es idéntico al que asoma la faz opuesta en la hora de su muerte. Vale decir, el reverso de la misma medalla.

(*) En uno de los primeros números de BABEL reproducimos para el historiador interesado en estos *petits faits* sintomáticos de nuestro mundo intelectual, un curioso informe del Ministerio uruguayo de Instrucción Pública sobre los *Cuentos de la selva* (para los niños), de Horacio Quiroga. No hay en él ninguna predilección por el autor, y menos, cualquier sospecha de su importancia póstuma.

Convertido en hijo pródigo a posteriori o, mejor dicho, para la posteridad, el "salvaje" amigo de los niños y de la buena música, que Buenos Aires había visto tantas veces recorrer sus calles principales en motocicleta, pierde al fin su laboriosa imagen de artesano, demasiado real, ante la otra, impuesta, del gran señor excéntrico un poco enloquecido... lejos de la patria. Porque a las pomposas exequias de Montevideo en honor del hombre muerto, sucede una confusa edición, no más autorizada ni menos fatua, de su obra viva.

En siete volúmenes mal presentados y peor impresos, métese sin orden ni concierto, artículos y cuentos de distintas épocas, olvidando las correcciones introducidas por el autor y la unidad lograda en sus últimos libros misioneros.

Desgraciadamente, hasta *Más allá*, el único que a la sazón andaba en librería de acuerdo al contexto entregado por Quiroga en 1934 a la fenecida Sociedad de amigos del libro rioplatense, vino a servir en forma imprevista este caos con su título y algunas historias suicidantes de muchos años atrás.

Varios cuentos y apólogos, —"Los precursores", "El soldado", "Sinfonía heroica" y otros— de clara intención social, con que Quiroga pensaba ponerse a tono con su tiempo en un libro que fuese realmente la coronación de su vida y de su obra, no alcanzaron a coleccionarse debido a su enfermedad y nosotros lo vamos sacando todavía en BABEL de sus papeles póstumos.

Nada extraño, pues, que amigos y críticos de última hora, sin todos los elementos de juicio a mano, dejen de lado, en la sombra, lo más valioso y original de la inconfundible personalidad del maestro, para dedicarse solo a hacer el recuento del número de suicidios habidos en su familia —el padrastro, la primera mujer —y destacar detalles domésticos menos exactos o más exagerados.

En verdad, como Mariano Latorre aquí, en Santiago, poco antes, algunos profesores de literatura hispanoamericana, tomaron demasiado al pie de la letra lo ficticio de su obra para poner en duda lo real. El más entusiasta de ellos, John A. Crow, de la Universidad de California, Los Angeles, llega en su empeño hasta escribir un artículo titulado crudamente, "La locura de Horacio Quiroga".

Esta leyenda, como la otra con que Quiroga estaba seguro de morir (la del gran señor que se paseaba por sus remotas posesiones) no era nueva ciertamente, aunque sí muy oportuna. La editorial Calpe, de Madrid, había abonado de antiguo el terreno, esparciendo por todos los países de nuestro idioma una prematura selección de sus cuentos bajo el título del más pavoroso de ellos: "La gallina degollada".

Un crítico chileno bastante uruguayano al respecto, acaba precisamente de recordar esa historia macabra en "El Mercurio", al ocuparse de otra selección más panorámica pero no menos discutible del ya citado profesor Crow, que auspicia un Instituto internacional de literatura iberoamericana, en México.

Ahora bien, dicho crítico, después de asegurarnos que a la lectura inicial de aquel cuento se había formulado "algo así como un voto de nunca más, por ningún motivo, en ninguna circunstancia, volver a leer otro cuento de Horacio Quiroga", resuelve faltar a su palabra, tentado por el lujoso volumen y la docta opinión del distinguido prologuista y hagiógrafo yanqui.

Pero desde luego, no para modificar la suya propia, ocupándose por ejemplo de cuentos como "El potro salvaje", "La patria" o "El regreso de Anaconda". Todo lo contrario. *Alone* parece gozarse confirmando su prejuicio en el relato escueto de "La gallina degollada", justamente, y de otras cuatro historias similares que, según afirma con retruécano de dudoso gusto, *ponen carne de gallina*.

Claro que, fino letrado a la postre, agrega, echando de menos "las armónicas" (sic) en Quiroga: *este libro no permite fundar un juicio total*. Y luego hasta vislumbra un Horacio Quiroga muy distinto, leyendo dos deliciosos "Cuentos de la selva" conocidos desde hace un cuarto de siglo no solo por millares de niños argentinos y uruguayos, sino también fuera del Plata, en traducciones francesas, inglesas y alemanas.

Sin embargo, cuando un escritor tan próximo a Quiroga como Manuel Rojas le reprocha su "sorprendente ignorancia" le contesta irritado y sin ningún respeto por la memoria del maestro: "Cuando a uno le sirven para empear semejante... gallina, no dan muchas ganas de repetirse el plato". ¡Qué esperanza!

Apenas si dan ganas de repetírselo cristianamente al público para que persista una leyenda más por boca de ganso. A su juicio, no hay nada que hacerle, a los autores siempre se les conocerá solo por un aspecto saliente de su obra: el más trillado y común. De acuerdo; pero es preciso no fomentarlo. Además, solo puede admitírsele tal criterio al vulgo municipal y espeso, no a un señor crítico, que tiene la obligación de conocer cabalmente a un autor de la talla de Quiroga, si pretende ocuparse de su obra. Sobre todo, si como en este caso, no ha ido a pedirselo nadie.

Por otra parte, Quiroga se había fabricado en duros años de trabajo en Misiones una leyenda personal de otra clase por la que le conoce todo el mundo en Buenos Aires y que sin duda será oficial, cuando al frente del Ministerio de Instrucción Pública, en vez de un Hugo Wast, tengamos a un verdadero escritor, capaz de hacerle justicia a un colega ilustre, convirtiendo la casa levantada por sus manos en biblioteca y museo.

Mientras tanto, a la espera de su auténtico regreso, lo veremos hecho un loco genial, aunque tan grande como Poe y Maupassant. Pues como dijo el poeta de las *Historias del Buen Dios*: "Al fin y al cabo, la gloria no es más que la suma de todos los malentendidos que se forman alrededor de un nombre nuevo." Y, dede luego, también viejo, querido, inolvidable, Horacio Quiroga.

Horacio Quiroga

Sinfonía heroica

(Y una carta inédita)

De modo entonces que el soldado desconocido, una vez comprobada su identidad, subió directamente al cielo.

El cielo no es, como pudiera creerse, un ámbito sin límites donde deambulan confundidas las almas de los justos. El cielo posee categorías muy precisas, originadas por la diversidad de méritos y causas que llevan hasta él.

Existe así el cielo particular de los sentimentales, de los hombres de genio, de los hombres juiciosos y de los mentecatos. Hay muchos cielos más, tantos como son variadas las bondades del alma. Pero adonde fué el soldado desconocido, es al cielo de los héroes.

No es el cielo de los héroes el más poblado de todos los cielos, como bien se comprenderá; pero por razones obvias, los llamados a su seno representan en el cielo mismo una verdadera aristocracia, tal como la que sus cuerpos mortales representaron en la tierra un día. Y a ese cielo selecto entre todos, donde el más disimulado de sus habitantes encarna esa cosa formidable que se llama un héroe, allá fué con la velocidad de un rayo de luz, el soldado desconocido.

Dios mismo tiene debilidad por ese su cielo de élite, y sus miradas se detienen en él con más ternura y menos justicia de las suponibles. Pero el recién llegado no era un héroe transitorio, ocasional o discutible. Nada de esto: era, como ya lo hemos dicho, el soldado desconocido. Y el Señor, después de poner en conmoción el cielo entero con el *hossana* de cánticos que anunciaban un grande y dichoso acontecimiento, hizo abrir las puertas celestiales cuan grandes eran ante la persona del soldado desconocido.

El soldado desconocido —debemos advertirlo ahora— no parecía darse cuenta de lo que para él significaba aquel recibimiento triunfal. Tenía el aspecto modesto de un héroe y la frente muy estrecha como los luchadores. Tal vez ni la inteligencia ni la claridad de espíritu adquirieron en él el enorme desarrollo de su heroísmo. Por esto acaso lanzaba miradas recelosas a todos lados, dando así la

impresión de una humildad tan grande como pequeña era su cabeza.

El soldado desconocido franqueó pues las puertas del cielo y vió al Señor teniendo a sus costados, como una guardia de honor, a los héroes muertos. Y tras ellos vió hasta el infinito del cielo y sus blancas nubes, las almas de los justos nimbadas por el arco iris.

Esto es lo que vió el recién llegado. Pero es indudable que el cielo y sus arcángeles miraban a su vez con asombro a aquel misterioso y poco aparente desconocido, que no cesaba de ojearlo todo con desconfianza. Comprendiéndolo así el Señor serenó los ánimos.

—Hijo mío —exclamó tendiendo la diestra hacia el soldado obscuro. Bendito seas, porque el Señor es contigo. Y volviéndose a las almas:

—He aquí a vuestro hermano. Mucho ha sufrido, porque mucho amó. Acordáos siempre de su nombre: es el Soldado Desconocido.

Poco diríamos, observando que nadie comprendió en toda su extensión lo que Dios había querido decir. Pero quien acaso lo comprendió menos fué el propio héroe alabado, a juzgar por sus crecientes ojeadas de desconfianza.

Mas ya el Señor, rodeado de su selecta guardia, se dirigía al cielo particular de los héroes. E induciéndole con la mano a que entrara:

—Hijo mío —repitió al recién llegado,— he aquí tu morada. Y he aquí a tus hermanos de corazón que ya te aman y te veneran.

Y a los héroes:

—Recíbidle con vosotros y amadle como él os ama ya, porque os repito que es digno de vuestra gloria. Y no olvidéis su sagrado nombre: es el Soldado Desconocido.

—Y dale con el soldado desconocido... —murmuró para sí el soldado, que no alcanzaba a comprender esa obstinación en no mencionar, como expofeso, su verdadero nombre.

El Señor se había retirado. Solitarios o en grupo, los héroes vagaban sin prestar la menor atención al nuevo habitante afectando con una naturalidad verdaderamente heroica no mirar, ni ver, ni siquiera darse cuenta de la presencia entre ellos del soldado desconocido.

Nosotros, desde este bajo mundo y cargados de prejuicios, apenas nos atreveríamos a disculpar aquella gla-

cial indiferencia de los héroes. Pero si meditamos que el menos conocido de aquellos paseantes se llamaba Napoleón, y el más disimulado, Alejandro, comprenderemos el helado orgullo de aquellos héroes ante la torpeza y actitud soslayada del intruso.

El soldado desconocido iba despacio de aquí para allá sin buscar contacto con sus hermanos, y apartándose con presteza del paso de los héroes. Volvíase a veces y los seguía con los ojos, concluyendo siempre con el mismo sacudimiento de cabeza y la misma pregunta.

—Daría mi encendedor por saber qué tipos son estos...

Del otro lado de la avenida, los héroes se volvían a su vez para mirarle, y su expresión inicial de asombro concluía siempre con una sonrisa sarcástica y convulsiva.

Pasaron así unos días hasta que la altivez herida desbordó por fin de boca de los héroes.

—Señor! —expuso uno de ellos ante Dios cuando todos los héroes y el soldado desconocido estuvieron en su presencia. Señor! No estamos contentos. Nuestro mutuo amor ha fenecido. Nos reconocemos culpables ante tí, Señor. Castíganos!

Y el héroe dejó caer la cabeza sobre el pecho. Dios lo contempló un instante.

—Tú, culpable, hijo mío!... murmuró. Bien por tí. ¿Pero tus hermanos?

La alta mirada de Dios pasó en vano por el grupo de los héroes: todos habían bajado también la cabeza.

—Habla, hijo mío, —reanudó el Señor.— ¿De qué te acusas?

—De orgullo.

—¿Y tus hermanos?

—De lo mismo.

—¿Dónde ves la culpa?

—En ése... —señaló el héroe con el mentón hacia el soldado desconocido.

—No podemos amarlo...

El Señor sonrió levemente observando al soldado, que se mantenía inmóvil, los pies juntos, sin otra vida que el campesino recelo de sus ojos ante aquel segundo tribunal.

—No tiene ciertamente aspecto heroico —murmuró Dios para consigo mismo.

Pero a pesar de ello el héroe oyó la voz del Señor. E irguiéndose:

—Señor, no es por eso! Ni yo ni mis hermanos hemos supuesto nunca afrontar a... ése, por su vestimenta! Es por nosotros mismos, Señor! El nombre del más oscuro de entre nosotros hace vibrar todavía el alma de los hombres. Y ese que nos diste como un hermano predilecto, ese... es un anónimo.

El soldado aludido no comprendió tampoco esta vez de qué se trataba, bien que el altivo gesto del héroe hacia su persona, no le presagiara nada bueno de todo aquello. Y se consoló con remover las mandíbulas, mascando entre dientes un ilusorio tabaco.

Pero Dios acababa de extender la diestra hacia el ámbito celestial, y en un segundo se hicieron visibles las almas de los elegidos. Y dirigiéndose al héroe que proseguía pálido de orgullo, —ante la omnipresencia de sí mismo y del cielo entero,— la voz del Señor habló así:

—Hijos míos, tampoco yo estoy contento!

Hace breve tiempo os ofrecí un nuevo hermano que os recomendé calurosamente. Ha sufrido mucho —os dije— porque mucho amó. Estas fueron mis palabras. Y os recomendé finalmente: No olvidéis nunca su nombre: Es el Soldado Desconocido. A tí te pregunto ahora y lo mismo a todos vosotros. ¿Qué habéis hecho de vuestro hermano? Os lo dí herido de dolor, y me lo devolvéis herido; os lo dí parco en palabras, y me lo devolvéis mudo. Os pregunto de nuevo: ¿Qué habéis hecho de él? ¿Qué habéis hecho de vosotros mismos?

Ni uno solo de vosotros adivinó lo que se ocultaba bajo su humilde envoltura. Amadle mucho, os dije; y le habéis despreciado. Aprended de memoria su nombre, os repetí, y le habéis negado ante vuestro Señor.

Pues bien, oídme ahora, porque el clamor de vuestro orgullo ha llegado hasta mí.

Todos vosotros, sin excepción, habéis conocido el significado supremo de la palabra heroísmo y el arrullo que en el alma producía vuestra propia voz, al cantaros al oído, Héroe! Todos fuistéis héroes ante vuestros soldados, ante vuestros ejércitos y vuestras patrias. Pero ante todo, fuistéis héroes ante vosotros mismos. Ved al Soldado Desconocido —os anuncié.— Es héroe a la par de vosotros. Voy a deciros ahora en qué ha consistido su heroísmo.

Ese soldado sin nombre no tuvo vuestra ardiente noción de la patria, y sus goces supremos. No supo tal vez leer, ni escribir, y con seguridad su frente no se alzó del azadón a meditar un solo segundo de las horas de su vida.

¿Qué ganábais vosotros llevando vuestras huestes al asalto? La libertad de la patria... y el susurro de la gloria en el oído. ¿Sabéis lo que en cambio ganaba ese soldado? La muerte. Esto solo y nada más.

Dió su vida por la patria de un modo tan anónimo, rápido y oscuro, como la brusca mancha de su casaca, y la bala que lo mató. Por esto su nombre es desconocido.

El soldado había cesado de remover la mandíbula, y miraba fijamente al Señor. Comenzaba a comprender.

—Pero vosotros —continuó el Señor— queríais a todo costa saber su nombre. Os lo diré, pues. Es el profundo y oscuro amor a la patria, a la libertad del suelo besado, a sus leyes, a su tradición; el sentimiento salvaje e irrazonado del sacrificio ante el inmenso altar de la sangre nativa; el impulso sordo y ciego hacia la frontera; la fuerza fúnebre e inconfundible con ninguna otra, que rompe al abrazo de la madre enferma, de la esposa enloquecida, de los débiles hijos destinados a morir de desamparo.

Grito de la tierra, de la madre, de la esposa, de los hijos; este es el arrullo de gloria que acompañó al soldado desconocido. Fué contento...

El Señor se detuvo; los ojos del soldado que se habían ido abriendo conforme la elocuencia divina ascendía, refán ahora. Sus hombros, su cuerpo entero reían; la risa pesada y continua de campesino que acaba de comprender.

—No es cierto... no es cierto... —hacía con la cabeza.

Dios contempló un largo rato a sus héroes contritos, y miró luego con triste ternura al soldado desconocido.

Pero tú salvaste a tu patria, hijo mío... —agregó dulcemente.

El soldado sin dejar de reír, hizo al Señor una guiñada.

—¡Y tenías mujer e hijos!

Nueva guiñada.

—Y los abandonaste a la miseria y al hambre por la patria.

Por primera vez el soldado desconocido abrió la boca:

—Ya lo creo! Si me quedaba con ellos me fusilaban.

Una carta inédita de Horacio Quiroga

[San Ignacio] Dbre. 30 [1935]

Querido Glusberg:

Releo ahora su carta para contestarla, y veo que es del 20 de octubre. Mas verá: al romper el sobre, rompí también la dirección. Solo se leía 2555. Pedí a Tiempo su dirección, que me la mandó con atraso. Le escribo, pues, con tanto placer como se hace con un amigo de la *guardia vieja*. Anote Ud. a este respecto que pocas frases guardan un significado de honradez y de lealtad como aquella expresión. Es de lo poco que queda limpio.

Yo también me he quedado con muy pocos amigos. He hecho la adquisición de uno nuevo: Tiempo. Es admirable cuanto se ha movido este hombre por mí. Mi mujer, que se va en estos días a Buenos Aires, lo verá con placer y agradecimiento. Para el viaje de aquella contamos con las jubilaciones atrasadas que deben de llegar en bloque en estos días y que me permitirán algún desahogo. También parece que se me ha conseguido una asignación consular de tal vez \$ 170 (digamos sobresueldo) para gastos de representación. Si sale esto, quedaré en tranquila situación económica, —lo que ya tardaba.

No me extraña que Rojas me conozca poco. Creo que la mayoría de colegas pecan por igual lado. Y otros exclusivamente ahora por *Más allá*, que es un solo aspecto del autor.

Por aquí he tenido contacto con un compañero comunista, dirigente del litoral, excelente muchacho, que se avergüenza de su pasado anárquico. Hoy ha vuelto a Posadas. ¿Ha tratado Ud. de cerca a un comunista oficial y fanático? Supongo que sí. Yo no deseo hacerlo más. Y a este respecto se me ha ocurrido un apólogo de gran eficacia, que no escribo por cariño y respeto a la izquierda, donde siempre me encuentro, pese a mi amigo de Posadas. Como inferirá, el apólogo versa sobre la demagogia comunista. Leí también una diatriba de Castelnuovo sobre Tolstoi, so pretexto de *El arte y las masas*. Amigo Glusberg: yo soy y seré siempre un hombre libre por sobre todos los conceptos (egoista, dicen), y enamorado hoy de la tierra que trabajo con tesón. Tendría que ver mi parque y mi jardín. En fin, mi pequeño San Michele.

Vale la pena que le diga lo que ha pasado con Estrada. Tras una carta mía en que le contaba mi disgusto por la tirantez económica que me ataba ignominiosamente a los holicheros de ésta, Estrada me mandó, sin decir agua va, un giro por \$ 400. Calcule mi enternecimiento. Lo cierto es que salí del paso.

Llegóme el ejemplar de la revista donde campean su relato y los capítulos de Munthe. Sobre las consideraciones de Latorre, he estado tentado de escribirle a Ud. una carta, para su publicación en aquella revista, donde rebatiría discretamente la leyenda del hombre rico, obrajero frío, asistiendo de lejos a la lucha del peón. Dígame si cree útil tal carta, pues la escribiría con gusto.

Y con un fuerte abrazo y saludos de casa para la suya, y hasta una rápida suya H. Q.

Hernán Gómez

Dos estampas de Castelao

EL MURO

*Ni súplica, ni queja, ni lamento
escuchará este muro acribillado:
solo la afirmación de un juramento.*

*Caerán con el pecho traspasado
de plomo y de esperanza, sin que nada
doble el orgullo de su puño alzado.*

*Luz del último cielo en la mirada
les hará más penosa la caída
en la tierra aunque ajena, bienamada.*

*Y qué malo será que por la herida
se vaya el alma con la sangre, tanto
como era buena, aun con dolor, la vida.*

*Mas no echarán sus ojos vano llanto,
ni temblarán sus manos, ni el acento
de su voz cambiará con su quebranto.*

*La fe que hace flamear su llamamiento
entre inútiles salvas, triunfadora,
nos asegura hasta el postrer aliento
que los pobres también tendrán su hora.*

LA SIMIENTE

*Siempre esta tierra generosa ha dado
de vuelta y acrecida la simiente
que en su seno de madre le han echado.*

*Primera madre, madre amante, siente
hasta el menor reclamo de la vida,
y este es, como ninguno, hondo y ardiente.*

*Le llevan ellos riego de su herida
para la forma que desde su seno
surgirá pronto en alma florecida.*

*Entre tanto, con carne, sangre y cieno,
el alma nueva de odio amamantada,
vuelve hijo y flor el pensamiento pleno.*

—De esto el enterrador no sabe nada.

Jorge Guerra

Sueño de una noche de verano
1944

La voz del radiolocutor vibraba con cierta excitación retenida... Y ahora, señores, igual que todas las estaciones radioemisoras del mundo libre, interrumpimos nuestro programa para dar lectura al manifiesto dirigido a todos los pueblos de la tierra, que hoy a las 16.50 o sea exactamente hace hora y media fué firmado en Nápoles por los representantes autorizados de las Naciones Unidas. En primer lugar, por los Sres. Roosevelt, Churchill, Stalin y Chang-Kai-Shek. En las próximas 24 horas todos los gobiernos y parlamentos del mundo celebrarán sesión permanente, pues el pacto solemne que forma la base del manifiesto tiene que ratificarse en el curso de 24 horas. Señores, ustedes recordarán de seguro esta hora toda la vida, pues lo que van a escuchar dentro de pocos segundos, marca una nueva etapa en la historia de la humanidad. No cabe duda de que la *Carta de Nápoles* acabará en el plazo más breve no solamente con la guerra actual, sino con todas las guerras por espacio de siglos. Este documento grandioso llenará todos los corazones humanos de esperanza y sonará en los oídos de todos los tiranos como el juicio final. A estas horas están trabajando ya millares de imprentas para lanzar dentro de pocas horas millones de volantes con su texto impreso en todos los idiomas. Durante cinco días miles de aviones aliados arrojarán la esperanza en vez de la muerte sobre las posiciones y los países del enemigo. Ustedes notarán en el manifiesto la ausencia de aquel lenguaje ambiguo y vacío que ha caracterizado siempre la prosa diplomática y en su lugar el aliento cálido de la sinceridad, de la decisión y de la buena voluntad:

"Los plenipotenciarios de las Naciones Unidas y Aliadas han decidido en esta Conferencia de Nápoles dirigir un amplio mensaje a todos los pueblos de la tierra, beligerantes y neutrales, amigos y enemigos, libres y oprimidos. Entendemos que ha llegado el momento para las Naciones Unidas de proclamar solemnemente y sin reservas cuáles son sus fines de guerra y sus intenciones respecto a la reconstrucción del mundo después de esta guerra. Entendemos que los familiares de los millones de hombres y mujeres que perdieron sus vidas en esta guerra, tienen el derecho de saber por qué sus seres queridos tuvieron que morir; nuestros soldados en los frentes de batalla, nuestros guerrilleros en la retaguardia del enemigo y los luchadores

subterráneos en los países oprimidos, necesitan saber por qué causa están sacrificando su juventud; nuestros pueblos tienen que saber por qué están sufriendo los efectos tremendos de la guerra. No es suficiente la afirmación de que estamos defendiéndonos contra la bestial agresión del nazifascismo y del imperialismo japonés. Nuestro programa tiene que ir mucho más allá del restablecimiento de una situación internacional política, económica y social que engendró la catástrofe de esta guerra. Si no logramos ponernos de acuerdo para reorganizar radicalmente la vida internacional conforme a planes cuidadosamente estudiados, la sociedad civilizada está condenada irremisiblemente a caer de una crisis catastrófica en otra y finalmente en la barbarie. Conscientes de la enorme responsabilidad histórica que pesa sobre nosotros como dirigentes de las Naciones Unidas contraemos el siguiente compromiso solemne y definitivo, sabiendo que significa el sacrificio de muchos intereses particulares de nuestras naciones, pero convencidos también de que no hay interés nacional demasiado importante para sacrificarlo a la tarea de asegurar la continuación de la vida y del progreso de la humanidad.

“Declaramos llevar a cabo esta guerra con el fin de acabar con todos los regímenes fascistas, dictatoriales e imperialistas para imponer el régimen democrático hasta en los últimos rincones del mundo. Garantizamos a cada uno de los pueblos de la tierra el derecho a determinar mediante el sufragio universal y bajo control recíproco su propia forma de democracia, pudiendo las naciones que lo deseen, ingresar en la URSS, o formar nuevas federaciones de países a base de uniones aduaneras, monetarias y económicas. Las cuestiones fronterizas se arreglarán única y exclusivamente por el método del plebiscito bajo control internacional. La coexistencia de regímenes capitalistas y socialistas no deberá ni podrá obstaculizar la cooperación internacional. La independencia y soberanía de las naciones tendrán sus límites en el interés general y estarán sujetas a un Código de Derecho Internacional que ya se encuentra en estudio y que será publicado dentro de seis meses. Inmediatamente de terminar la guerra se convocará un Parlamento Mundial en el que cada nación tendrá obligación de estar representada en proporción al número de sus habitantes no-analfabetos. Ese parlamento substituirá la conferencia de paz y creará los órganos internacionales que estime necesarios para garantizar el orden, el derecho, la cooperación y la reconstrucción. Hasta que los órganos creados por el Parlamento Mundial entren en función y demuestren su eficiencia, las fuerzas armadas de las Naciones Unidas permanecerán en pie de guerra. Las minorías étnicas, políticas y sociales gozarán de la máxima protección internacional. Toda persona sana podrá trasladarse libremente de un país a otro, sin restricciones de ninguna clase. Los problemas que por tal principio se crean en algunos países serán resueltos mediante la cooperación internacional. Ningún país tendrá el derecho de poner barreras artificiales y administrativas a la inmigración o emigración de las gentes. Solo el Parlamento Mundial podrá resolver el cierre

temporal de determinados países a la inmigración. Los judíos que deseen formar una nación, son invitados a someter sus sugerencias a la primera sesión del Parlamento Mundial, procurando que sus pretensiones territoriales no produzcan roces con los árabes. Los pueblos coloniales de Asia se constituirán en naciones democráticas independientes y estarán representadas en la primera sesión del Parlamento Mundial. Los líderes de todas las tendencias de esos pueblos son invitados desde ya para elaborar las bases jurídicas, políticas, sociales y económicas de sus respectivos países y de presentar al Parlamento Mundial un plan de liquidación del analfabetismo en el plazo más breve posible.

“Para restablecer después de la guerra la normalidad económica, evitar la miseria y el hambre de las masas europeas así como la crisis de producción y de mercado, a consecuencia de la falta de trabajo y la incapacidad de adquisición, garantizando a todos los hombres el derecho fundamental de trabajar y de comer, se ha creado un organismo de trascendental importancia: la Comisión Interaliada de Cooperación Económica que presentará al Parlamento Mundial sus proyectos cuidadosamente estudiados. Es absolutamente necesario que al final de la guerra se logre asegurar un relativo bienestar económico a todos los hombres de buena voluntad y las Naciones Unidas están dispuestas a hacer los sacrificios posibles para lograrlo.

“Sabemos que la guerra todavía no está ganada, aunque gracias al sacrificio de nuestros pueblos la victoria se dibuja ya en el horizonte. Sabemos que la guerra aún puede costar muchos millones de vidas humanas, países enteros devastados, que aún pueden desencadenarse los horrores indescribibles de la guerra de gases y microbios. Por eso nos dirigimos especialmente al pueblo alemán y al pueblo japonés, rogándoles que pongan fin a esta guerra o que nos ayuden a abreviarla. Apelamos especialmente a las clases trabajadoras alemanas que soportan todo el peso enorme de la guerra y que pagan con su sangre y su salud la voracidad del imperialismo alemán. Nada puede ganar el pueblo alemán con la continuación de la guerra, pues las Naciones Unidas están decididas a realizar el programa contenido en esta Carta de Nápoles, cueste lo que cueste, y tienen el poder para realizarlo. Todo lo puede ganar Alemania deponiendo las armas y sometándose incondicionalmente. Ello no significa el fin y la destrucción de la nación alemana como Hitler dijo en sus últimos discursos. Todo lo establecido en este programa se refiere por igual tanto al pueblo alemán como a cualquier otro pueblo de la tierra. No exigimos del pueblo alemán otra cosa que la aceptación incondicional de este programa. El pueblo alemán no será declarado responsable de la guerra pues en realidad no lo es más que otros pueblos. El imperialismo germánico nunca hubiera podido realizar su agresión bestial sin la ayuda y el apoyo de las demás naciones. Los pactos, tratados y empréstitos con el nazismo fueron el prelude de la tragedia actual. La Alemania democrática no pudo obtener la ayuda económica

necesaria para superar la crisis de los años 1929-33 y derrotar de tal modo al nazismo. La Alemania fascista obtuvo toda la ayuda política y financiera necesaria para llevar a cabo su gigantesco programa de armamentos y hasta para lanzar su agresión. Los únicos alemanes que deberán responder de sus hechos ante tribunales especiales son los asesinos y sus cómplices inmediatos. Los asesinatos en masa cometidos a sangre fría en toda Europa por los nazis con el fin de infundir el terror no pueden quedar impunes.

Si alguna culpa especial de toda la tragedia de estos años puede recaer sobre el pueblo alemán como tal, la está expiando ya en esta guerra. Deseamos que Alemania ocupe el puesto que le corresponde entre las naciones democráticas por su cultura y civilización y que la barbarie nazista no ha logrado destruir por completo. El mundo necesitará la cooperación de Alemania, igual que esta necesitará la ayuda del mundo para reponerse de la catástrofe del nazismo. Cuanto antes el pueblo alemán termine esta guerra, tanto mejor será para él mismo, pues salvará millones de sus hijos de la muerte y muchas ciudades e industrias de la destrucción.

"Lo dicho respecto del pueblo alemán, se refiere también al pueblo japonés.

"En el mundo democrático y cooperativo que nacerá de los horrores de esta guerra se dedicará una atención máxima a los problemas de la educación. No se tolerará en ninguna parte la propaganda venenosa del nacionalismo exaltado, del odio y del desprecio, de la discriminación de los pueblos y las razas. En las Naciones Unidas se procederá desde hoy con el mayor rigor contra los saboteadores de la presente Carta. No toleraremos a nadie una propaganda que haga el juego a Hitler, contribuyendo a prolongar la guerra.

"Inmediatamente después de asegurar la paz, y con arreglo a un plan cuidadosamente preparado de antemano se procederá a la destrucción de las armas de guerra en todos los países y a la transformación de las fábricas de armamentos. Al futuro Parlamento Mundial le incumbe la tarea de impedir que jamás vuelva a fabricarse material de guerra. Los ejércitos en todos los países serán disueltos y abolidos en el plazo más breve posible, reduciéndose las fuerzas armadas a las formaciones de policía nacionales e internacionales necesarias para mantener el orden.

Y aquí termina el hermoso discurso por obra de una de esas empeñosas moscas chilenas contra la punta de mi nariz (que es otro de mis talones de Aquiles). Ella me arrancó brutalmente del apacible sueño que se había apoderado de mí tras el melancólico regreso veraniego al hogar, cuando ya junto al susurro melódico de la radio medio apagada, cabeceaba sobre la famosa obra de Henry Bellamy: "Mirada Retrospectiva del Año 2000".

Sebastián Frank

El espíritu burocrático

Sobre la vida de un hombre moderno pesa de día en día más el predominio del partido, sindicato, ejército y Estado. Ciertamente es que estos organismos se hicieron para los hombres; pero el ser humano hállase menguado e inerte ante el inmenso artificio. Todo es resuelto por los dirigentes de la cumbre, y el ciudadano medio, o el militante medio, de partido o sindicato, no comprende ni el funcionamiento del mecanismo complicado ni su objetivo real. Hasta se ha inventado una ideología para justificar tal extremo de cosas, en virtud de la cual los hombres deben someterse ciegameente a "su" organización y abandonar sus vidas a merced del "todo", sea Estado o partido. Y así la organización racional lleva hacia la irracionalidad; aquella no existe más para los hombres, sino éstos para la organización. De medio en sus comienzos, la organización conviértese en nuestra época en un fin, en un fetiche que pide adoración. Los burócratas se desempeñan como los sumos sacerdotes de esta nueva religión.

La burocratización de la vida ha llegado al máximo en la Alemania Nazi y en la Rusia Soviética; pero la tendencia no es propia de esta época ni de los países totalitarios. La producción industrial en masa, el éxito que más envanece a los Estados Unidos, presagiaba ya los principios organizacionales del Comintern y del Tercer Reich. En ella la masa de los obreros desempeña sólo funciones simples. El conocimiento del objetivo no sólo es indiferente para el desempeño de estas funciones sino a menudo se recata de los obreros. Se toma en cuenta al trabajador individual conjuntamente con el carbón, la caliza, los lubricantes y otros materiales de producción; no se le pide otra cosa que someterse pasivamente al proceso productor disciplinado. Que no se supone que la masa obrera deba comprender el proceso como un todo, resulta evidente no bien sus jefes sindicales presentan tímidas propuestas en tal sentido, como en el caso de los planes Reuther y Murray de producción bélica. "Planificar" y "racionalizar" en las circunstancias expuestas no estimula ni la inteligencia ni la conciencia, menos aún la confianza en sí misma de las masas. Antes bien, las exige de la necesidad de emplear estas facultades, por lo tanto, de activarlas. Comprender en su integridad el proceso de producción es privativo de los administradores ejecutivos, y es este conocimiento el que les permite conservar su posición dominante.

Es como si en los Estados totalitarios modernos la línea de montaje de una fábrica racionalizada se extendiera por toda la trama de la vida social, reduciendo al ser humano a la condición de esclavo de sus herramien-

tas. En su libro "El obrero", el novelista nazi Ernst Juenger escribía en 1932: "Se implantará un orden basado en el mando en lugar del contrato social." En aras de la eficiencia y del bajo costo de producción, se destruye toda libertad personal, cada individuo es manejado por el Estado, que extiende su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales. Pese a la consabida limitación de la libertad en la sociedad burguesa, el individuo, como apunta Marx en *La Ideología Alemana*, aún conserva "el goce del accidente. El derecho a sacar ventaja de estos accidentes en ciertas circunstancias se ha denominado 'libertad personal'." En la sociedad totalitaria, empero, la reglamentación central se amplifica a tal extremo que desaparece hasta esa libertad 'accidental', y el *laissez faire* se esfuma tanto de la vida personal como de la vida pública. Toda la experiencia humana se engrana a la línea de montaje.

El triunfo del Estado burocratizado venía madurando hace generaciones en el seno de la democracia burguesa. Hace más de un siglo que el sociólogo francés, Alexis de Tocqueville, después de recorrer la joven democracia americana, vaticinaba la derrota final de la democracia por el Estado burocrático centralizado, y el ascenso de funcionarios hasta constituir una "nación dentro de la nación", que se sitúa como una nueva aristocracia. En el cuarto volumen de su *Democracia en América* presagiaba que los ciudadanos de "las naciones democráticas que habían introducido la libertad en la esfera política y parejamente imponían el despotismo en la esfera administrativa... pronto serían incapaces de ejercer amplios poderes políticos." Pero el más notable vaticinio del proceso de burocratización se encuentra en las obras de Marx, especialmente en su temprana *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*.

Está de moda hoy señalar algunas tendencias autoritarias en Marx, en todo caso más propias de su temperamento que de su teoría, e ignorar el contenido primordial de su obra entera, que denuncia como inimicísimo cuánto enagena al hombre, cuánto lo reduce a un objeto, en vez de elevarlo a la dignidad de un sujeto. El sistema político y filosófico de Marx puede comprenderse más bien como la perfección, nó la negación, de la herencia democrática y humanitaria del siglo dieciocho; y así lo entendía él también. "El espíritu burocrático", escribía en 1842,

"es de parte a parte un espíritu jesuítico, teológico. Los burócratas son los jesuitas del Estado y los teólogos del Estado. La burocracia es la république prêtre (1)... La burocracia se considera como el fin supremo del Estado. Como la burocracia se ha hecho un contenido de sus fines 'formales', choca por doquier con sus fines 'reales'. Por lo tanto, fuerza le es pasar lo formal por el contenido y el contenido por lo formal."

¿Acaso la burocracia estaliniana, por ejemplo, no ha hecho de la

(1) République prêtre, en francés en el texto original, o sea, la república frailuna. Traducimos directamente y nó de la versión inglesa (L. D.).

forma, o sea, de la conservación de la maquinaria estatal y de la organización del partido, el contenido constante de su política? Hace tiempo que el socialismo internacional ha degenerado por obra del Comintern en un medio para movilizar a la clase obrera en defensa de la política exterior del Kremlin. Los partidos de los diversos países ya no sirven ninguna finalidad política propia de la clase obrera. Los burócratas desplazan sus líneas políticas de acuerdo con los intereses mudables de la Unión Soviética, piedra clave de su aparato.

"El espíritu general de la burocracia", escribía Marx en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*,

"es el secreto, el misterio, guardado en el interior por la jerarquía y hacia el exterior como corporación cerrada... De ahí que la autoridad sea el principio de su saber y la deificación de la autoridad, su credo; pero en su interior, el *espiritualismo* aparente se convierte en un *craso materialismo*, el materialismo de la obediencia pasiva, de las convicciones de autoridad, del *mecanismo* de procedimientos formales fijos, de principios, concepciones y tradiciones fijas. Por lo que al burócrata individual se refiere, los fines del Estado se convierten en sus fines particulares, en una *cacería de puestos elevados*, en un *arribismo de carteristas*. En primer lugar, considera la vida real como vida *material*, porque *el espíritu de esta vida tiene su propia existencia separada* en el seno de la burocracia. Por lo tanto, la burocracia tiende a una materialidad máxima de la vida. En segundo lugar, en cuanto objeto de las manipulaciones burocráticas, esta vida es material, porque su espíritu le está preceptuado, su objeto está fuera de él y su existencia es la existencia de la oficina. El Estado existe ahora sólo como un conjunto heterogéneo de espíritus burocráticos cohesionados por la subordinación y la obediencia pasiva... Mientras por una parte la burocracia es desembozadamente materialista, revela su craso materialismo en el afán de *hacerlo todo*; en otros términos, eleva la *voluntad* a causa prima porque la burocracia es pura existencia *activa* y recibe su contenido de afuera y no puede por lo tanto demostrar que existe sino manipulando y limitando este contenido."

El hecho de que el burócrata (1) considere al mundo sólo como un objeto es la base de su moralidad, de una moralidad basada en el desprecio por la humanidad. Donde y cuando el hombre es reducido a un mero factor en un cálculo político, se reputa moral todo cuanto sirve para reducirlo a la obediencia —la mentira por ejemplo. El empleo sistemático de la mentira (2)

(1) Al decir burocracia no nos referimos al simple obrero administrativo o al funcionario civil, ni tampoco a la tramitación engorrosa o "papeleo". En nuestro contexto, la burocracia designa al gobierno de hombres que poseen las posiciones claves, ya sea en un organismo cualquiera o en el Estado, y que alcanzan poder mediante su función.

(2) La mentira es siempre un medio de gobierno político. Todos los movimientos revolucionarios en la historia han servido a la verdad porque han atacado mentiras que procuraban justificar el privilegio. La diferencia estriba en que se recurría comunmente a la mentira política, cuando ella se estimaba necesaria, como argumento a posteriori o justificación, mientras que en el caso presente se emplea por sistema, ante todo con la mira de adaptar al pueblo a los fines particulares del mando.

como "medio técnico" surge cual corolario de este espíritu. En un párrafo de *Mein Kampf*, omitido en ediciones posteriores, Hitler decía que "los alemanes no se imaginan hasta qué punto hay que embaucar al pueblo para arrastrar a las masas." Aquí se manifiesta la antítesis irreconciliable entre la concepción de Marx y la del caudillismo burocrático. La tesis marxista fundamental es que la sociedad de clases sólo será derribada cuando la clase oprimida se levante como el sujeto de la transformación de la sociedad. Pero el burócrata se interesa por el pueblo sólo como el objeto. No le importa lo que el pueblo puede hacer de propia iniciativa sino lo que él puede hacer con el pueblo. "Debemos tomar a los hombres tales como son y también tomar en cuenta su debilidad y brutalidad", dice Hitler en *Mein Kampf*. No le interesa *modificar* la actual condición humana sino *sacar partido* de ella.

Porque la burocracia se cree más y mejor que el resto de los mortales cree que la obediencia del pueblo está en su propio interés. Considera justificado el empleo de cualquier medio contra los adversarios que perturban las relaciones entre dirigentes y dirigidos. A la burocracia no le remuerde la conciencia. *Confunde* a sus adversarios en una amalgama (judíos, trotskistas, etc.) y les atribuye mil y una cualidades diabólicas, porque todos los adversarios, cualesquiera que sean sus móviles, malogran los cuerdos propósitos de la dirección burocrática e incitan a las masas a pensar por sí mismas. Para la burocracia, la oposición es el principio malo. Explota fórmulas como "*Fuehrer-Gefolgschaft*" (séquito del caudillo), "*Mannestreue*" (lealtad) y disciplina de partido", a fin de condenar a la oposición en principio. La burocracia estaliniana justifica todos sus actos, por más cobardes y ruines, con la *disciplina del partido*. El partido es un fetiche que justifica todos los medios. Se divulga la idea de que sólo el cálculo hábil y el menosprecio de todo sentimiento hacen al revolucionario. A esto se llama "dureza bolchevique". Así como la burocracia no entiende por disciplina sino lo que ante ella se doblega, así también sólo estima heroico el rigor contra los demás en provecho de su propia posición dominante.

Cuando y donde un amoralidad semejante se convierte en principio de Estado, se acaba todo humanismo. Elevada a fetiche, la razón de Estado no sólo supedita la esfera política sino la ciencia misma. El psicólogo alemán N. Ach, por ejemplo, estampaba en su memoria *Hacia una modernización del estudio de la voluntad*, leída en el Congreso de la Asociación Alemana de Psicología en 1936, que "la voluntad es el hábito de reacción afirmativa ante la orden de un jefe eminente". La teoría política degenera en apologetica pura y simple, y el arte se reduce a quemar incienso. Los individuos tratan de mejorar su situación personal mediante un servilismo bizantino. Denunciar a alguien como servidor desleal del único fetiche verdadero se convierte en acto moral y en método corriente para ascender en la burocracia.

Cuando y donde el desprecio por la humanidad se trueca en principio universal, pierde todo valor la propia estimación. El cumplir órdenes de modo irreflexible, renunciar a la propia opinión personal y aceptar como infalible el credo oficial, lleva por fin a una especie de masoquismo intelectual, a una presteza en hacer penitencia por toda idea independiente. El pensar se transforma de modo automático en una justificación de los actos oficiales. El psicólogo nazi, Pintchovius, decía que una idea única puede henchir el alma y que la propaganda tiene por fin "apocar la conciencia".

La posibilidad de escalar puestos en la burocracia está ligada a cualidades especiales. El espíritu burocrático corresponde a un tipo definido de personalidad. Los nazis tratan de cultivar un tipo tal en sus *Ordensburgen*. En ellas, según se expresaba el líder juvenil Baldur von Schirach, se "moldeaba" a una juventud escogida conforme a un tipo determinado. Ningún individuo sensible puede surgir; ser inhumano es la única manera de prosperar en el mecanismo burocrático. Las ideas críticas concitan el recelo. Ante las personas que representan el pensamiento crítico, los jefes totalitarios padecen de un sentimiento de inferioridad que los impulsa a demostrar la extensión de su poder. Los hombres vigorosos y prácticos que conocen y explotan con éxito las cualidades medias de los individuos son los que ascienden. Su pasión es el poder. Poseídos por esta pasión, no conocen ni la holganza contemplativa ni la sensibilidad. Piensan cínicamente unos de otros. Hermann Rauschnig, que otrora perteneció a la jerarquía nazi, decía: "En los altos círculos de la burocracia se habla sin embargo de los defectos personales de ciertos miembros de la élite. Se admite con descaro que existen rivalidades y enemistades mortales." Cuando las ideas sólo sirven para escalar el poder y no arraigan en la conciencia, entonces no queda lugar sino para el cinismo.

Hoy día el pueblo está fascinado por el hecho de que la forma totalitaria de organización resulta eficaz, porque el empleo del material humano según cálculos precisos y despiadados es más eficaz que una forma no planificada de organización. Y así como la fábrica planificada es más lucrativa que una no planificada, también el Estado planificado es más fuerte que el no planificado. Sin embargo, la creencia de que la sociedad de clases puede ser derrocada mediante una dirección burocrática ha resultado errónea. "Una de las fases principales del desarrollo histórico anterior fué la consolidación de nuestra propia creación en un poder real sobre nosotros, poder que rebasó nuestro control, destruyó nuestra fé y defraudó nuestra esperanza". Así se expresaba Marx en la Ideología Alemana. El Estado totalitario y el partido totalitario —cualquiera que sea su ideología— no hacen sino prolongar esta tendencia histórica.

Sin embargo, cuando el aparato organizacional se alza por encima de los hombres y los esclaviza, descubriámos que tras el supuesto "interés general" que se invoca para exigir el sometimiento, se ocultan únicamente los

intereses de la burocracia, que se considera a sí misma como fin. Dijimos antes que los métodos modernos de producción acostumbran a los individuos a la dirección burocrática y conocemos así la base psicológica de la creencia en la conducción (*leadership*). Verbi gracia, para los que comparten esta fé, hasta el haber despojado a la clase obrera en Rusia de todos sus derechos se presenta como un primer paso necesario hacia la verdadera democracia. Las crecientes diferencias de renta pueden estimarse necesarias para la realización del socialismo, porque todo eso —ideado por una dirección inteligente— puede, pese a las apariencias, enderezar las cosas hacia la meta deseada. La leyenda de que un partido con disciplina de hierro, que excluye toda crítica, es la premisa de la lucha por una sociedad sin clases, subsiste aún. Muchos anti-fascistas creen que es posible barrer con toda opresión mediante los propios procedimientos del fascismo. Son muchos aún los que piensan que Hitler nos ha enseñado cómo barajarnos. Los trotskistas, por ejemplo, —perseguidos sin cuartel por los estalinianos— no han comprendido que una finalidad socialista real exige otros métodos de organización que los empleados por aquellos, porque un partido totalitario engendra necesariamente un espíritu burocrático.

Sólo podrá implantarse una democracia real cuando los que producen dejen de ser los esclavos de sus herramientas y dispongan por sí mismos del poder sobre los medios de producción, y esto no se alcanzará sino por medios democráticos. Todos los medios reflejan los fines que promueven. Como lo indicaba Hegel en su *Lógica*, sólo podrá lograrse un fin cuando los medios ya han sido penetrados por la naturaleza del fin. Por lo tanto, no hay caso de que el control democrático sobre los medios de producción pueda realizarse mediante una organización que escapa al control de sus propios miembros. A fin de lograr este propósito, debe verificarse un cambio gradual del ambiente por medio de una expansión incesante de los sectores democráticos, y asimismo un cambio de los propios individuos. El pueblo no podrá adquirir la capacidad de forjarse su destino sino mediante su propia experiencia política. Por esto recalaba Marx que la tarea revolucionaria no consistía en participar del botín de la demagogía sino en decirles a los obreros: "Debéis pasar por 15, 20, 50 años de guerra civil y luchas nacionales, no sólo para cambiar las condiciones sino a fin de que os transforméis vosotros mismos con vistas a capacitaros para el gobierno político."

El espíritu burocrático no ve en el problema de organización más que un problema técnico. El marxista que considera las relaciones entre seres humanos tras la apariencia de tal "problema técnico", denuncia la organización burocrática como una nueva formación de opresión que sólo podrá superarse mediante una concepción política en que las masas emergen como agentes de la acción. Las grandes transformaciones sociales no son el resultado de hábiles componendas. La astucia, la solercia, el maniobreo político, la conquista de cargos en la organización, no reem-

plazan a las ideas. Son éstas las que se convierten en fuerza material cuando prenden en las masas. *Las ideas*, sin las cuales no se realizará ninguna transformación progresiva de la sociedad, no proceden de los políticos hábiles y prácticos que las subordinan y adaptan a una organización poderosa, sino de personalidades revolucionarias que en toda sazón están prontas a dar a sus críticos burocráticos la respuesta que les dió Federico Engels: "Ningún partido en ningún país puede condenarme a callar cuando estoy resuelto a hablar.... Vosotros, los del partido, necesitáis la ciencia del socialismo, y esta ciencia no puede vivir sin libertad de expresión."

Las masas no se levantan mediante hábiles acuerdos tácticos o consignas burocráticas. Cuando el tiempo está maduro, son capaces de asimilar ideas audaces e inspiradoras. Estas ideas no pueden recatarse del mundo mediante ninguna derrota, quema de libros, campos de concentración, procesos de Moscú o ejecuciones. "Actos notorios", decía Marx, "aún cuando realizados en masa, pueden oponerse con cañones en cuanto se tornan peligrosos; pero las ideas que se enseñorean de nuestra inteligencia y rinden nuestro albedrío, y que la razón remacha a nuestra conciencia, esas ideas son cadenas que no pueden arrebatarse al hombre sin destrozar su corazón." El Estado totalitario sólo puede alcanzar la victoria para sus principios aniquilando la facultad crítica. La superación del espíritu burocrático empieza con la crítica que embiste contra todo intento de rebajar al ser humano, con la doctrina —empleando una vez más los términos de Marx— de que "el hombre es el ser supremo para la humanidad", y por lo tanto, con el "imperativo categórico de extirpar todas las condiciones bajo las cuales el hombre es un ser abyecto, servil, anulado y despreciable."

Tradujo L. Díez.

Los Libros

"Ranquil" DE REINALDO LOMBOY

Hace alrededor de una década o, para ser más precisos, a mediados de 1935, el profesor norteamericano, Jorge M. McBride, de la Universidad de California, entregó a las prensas de su país los originales de un voluminoso estudio bajo el título de *Chile: Land and Society*, que pronto fué traducido a nuestro idioma por don Guillermo Labarca y editado en forma oficial por las autoridades universitarias de Santiago. En este libro, el más concienzudo indudablemente de cuantos se han escrito acerca del problema campesino entre nosotros, el autor, que si de algo pecaba era de iluso, concluía bajo el dilema o la alternativa de "Revolución o reforma agraria": "Chile podría evitar los sufrimientos de México y el destino de Rusia, solo con que sus terratenientes fueran bastante sabios para contribuir a modificar la presente base agraria de la sociedad. Si la revuelta estalla, los excesos de México serán pálidos en comparación."

Hemos recordado estas palabras de solemne advertencia y otras no menos prudentes que reseñan una "Historia de las agitaciones campesinas andaluzas", del notario de Bujalance, Juan Díaz del Moral, leyendo la formidable "novela de la tierra" que ha titulado con su auténtico nombre araucano, *Ranquil*, el joven escritor chileno Reinaldo Lomboy. Pero en todas partes aquellos a quienes van dirigidos los buenos consejos no los toman en cuenta. (*) Y así tuvimos en grande lo de México y Rusia bajo crueles tiranías y en pequeño lo de Casas Viejas y Ranquil, en España y Chile, bajo complacientes regímenes demoliberales.

Con lo cual queda dicho en principio que Lomboy nos brinda una genuina obra de arte amasada con la sangre bravia y montaraz de un pueblo, en lugar de una pintoresca epopeya estilizada según los cánones de una retórica indigente y manida.

Desde luego, no falta en cada página o poco menos, de *Ranquil*, una que otra mancha de color local. Sobre todo, al comienzo de la novela. El paisaje adquiere por tanto, a ratos, más importancia que los hombres del agro, para quienes sí existe naturalmente no es como un espectáculo a decir verdad.

La progenie literaria de *Don Segundo Sombra* y de *Doña Bárbara* pesa un poco sobre Lomboy. Con todo, antes de acabar la primera parte de *Ranquil* logra un cuadro completo, inconfundible, describiendo a grandes brochazos la mezquina lucha de los campesinos por los piñones. El capítulo

entero es notable hasta cuando se vuelve reflexivo, sin cambiar el tono casi del relato:

"El pobrerío vive de los piñones. Sin embargo, el rico lanza también su rapiña a la montaña y recoge sacos y más sacos: vende los frutos en las ciudades como artículo de lujo, en las esquinas, entre la niebla invernal. Las empleaditas que hunden sus dientes en la pulpa tibia con regodeo de coquetería, nunca saben que están mordiendo la vida de unos montañeses encerrados entre cordilleras."

Pero es en la segunda parte de *Ranquil* donde Lomboy se identifica más íntimamente con sus personajes y deja de hablar por ellos desde afuera como un mero espectador de su miseria. La efímera rebelión campesina para impedir sin conseguirlo, es claro, el despojo a mano armada de sus tierras, —una de esas clásicas *jacqueries* que toda Europa ha conocido— se convierte bajo la pluma vigorosa del novelista chileno en un inmenso fresco sombrío, restallante de odio y de venganza, como ciertos murales de Orozco que vimos en Guadalajara.

Lomboy no toma ingenuamente partido "a favor" del "campesinado", ni se pone "al servicio" de su causa en la jerga política que ahorra pensar en términos propios a tantos escritores de nuestro tiempo. Con una visión muy exacta del conjunto, hace actuar en la parte céntrica de su libro —sin duda la mejor— a los paisanos y a los policías como actuaron en la realidad, una vez desatado el conflicto a muerte por la tierra. No idealiza a los primeros ni denigra a los últimos, a quienes sabe instrumentos de una clase arbitraria. Pocas líneas de un episodio de la lucha entre unos y otros bastan para demostrarlo.

Se trata de una emboscada que prepara uno de los cabecillas de los campesinos a tres carabineros que los andan buscando en sus cabalgaduras:

.... "Dos fardos negros se derrumbaron al suelo, se agitaron convulsivos: el *Charquimacho*, con feroz rebrillo en la mirada y al aire los dientes bestiales, inmovilizó a uno definitivamente. Sus compañeros dieron cuenta del segundo."

Y a propósito del tercero de la partida, que consigue ponerse a salvo, el autor agrega en la misma página:

"Era cierto, pues. Los campesinos se habían alzado. Lo creyó imposible; pero ahí quedaban dos de sus compañeros, víctimas del furor de estos muertos de hambre vueltos fieras salvajes."....

Claro que tal objetividad no le impide a Lomboy —como hemos visto en la primera parte —una simpática inclinación por los campesinos, perseguidos, cuya existencia conoce y describe admirablemente. Quizá exagera un poquito el apego de los mismos a la tierra, ya que admite finalmente, que todo chileno es en cierto sentido nómada. "Pata de perro", según la expresión popular.

Sin embargo, tarde o temprano todos vuelven. Y también lo hacen los campesinos perseguidos, que se guarecen algún tiempo del otro lado de los Andes, en la última parte de la novela. El hecho de que Ranquil sea en efecto una región fronteriza, de habla influenciada por los criollos, que curiosamente reciben tal nombre de quienes no lo son menos de este lado, presta un interés extraordinario al libro de Lomboy no solo a lo largo del territorio chileno.

Estamos seguros de que si un editor de Buenos Aires lanzara una prolija edición de *Ranquil* se anotaría un gran éxito de librería en los países del Atlántico. La obra no ha obtenido aquí, es cierto, por su índole audaz, ninguna recompensa oficial; pero ha sido muy leída dentro y fuera de las ciudades principales y ha bastado para imponer a su autor entre los mejores novelistas chilenos.

¿Se necesita una prueba mejor de que tal novela se abre camino por sí misma?

Para el caso de una edición de *Ranquil* en Buenos Aires o México —el otro gran centro editorial donde puede interesar ampliamente— nos permitiríamos aconsejar a Lomboy una aclaración del subtítulo, agregando a las palabras, "novela de la tierra" el término mapuche. Y también la modificación de algunos otros vocablos —no más de cinco o seis— del texto, que disuenan como monedas falsas en medio de una prosa de la mejor ley.

E. E.

OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

- Perspectivas democráticas*, por Walt Whitman. Traducción de Luis Azúa. Editorial Americalee. Buenos Aires.
- Poetas en el destierro*, por José Ricardo Morales. (Antología). Cruz del Sur. Santiago de Chile.
- De hombre a hombre*, por Eloy Amado Herrera. Ediciones "Acento", Guatemala, C. A. 1943.
- Boletín bibliográfico argentino*. Enero-Diciembre 1943. Publicación oficial. Buenos Aires.
- Días sin alba*, por Américo Calí. M. Gleizer, editor. Buenos Aires.
- Anaconda*, por Horacio Quiroga. Nueva edición con un estudio preliminar de Lázaro Liacho. Palacio de la cultura americana, Buenos Aires.
- Mapu*, por Mariano Latorre. Editorial Orbe. Santiago de Chile.
- Orbita de España*, por Fernando G. Campoamor. La Habana, 1943.
- América Indígena*, órgano del Instituto indigenista interamericano. México.

Las revistas

"NEW ESSAYS"

El título de la revista (anteriormente *Living Marxism*) con que encabezamos esta nota, expresa el pensamiento de Karl Korsch, J. Harper y otros colaboradores, representantes del "socialismo de consejos" (*Räte-sozialismus*), que ha desarrollado el concepto del socialismo soviético por oposición al socialismo de partido.

Ambos son bajo ciertos aspectos discípulos y continuadores de Rosa Luxemburg. Korsch y otros se agruparon en 1917 y 1918 en torno a la revista *Arbeiter Rat* (Consejo Obrero), que dió el nombre y el programa al movimiento. (1). El "Consejo Obrero" hizo brotar secciones de fábrica en todas partes, emancipadas de los viejos sindicatos social-demócratas, con el propósito de reconstruir desde abajo el Estado alemán sobre la base de autonomías industriales, productivas, controladas por los propios trabajadores.

Korsch, el principal teórico del movimiento, es un pensador profundo, cuyo estilo denso y abstracto tiene escaso valor de propaganda. La filosofía subyacente a este socialismo encuentra una expresión práctica en una obra de Harper: "Lenin filósofo", en subtítulo, "Consideraciones críticas sobre los fundamentos filosóficos del leninismo". Constituye el volumen N° 1 de la biblioteca de la "Correspondencia de los Consejos" (hoy Correspondencia Internacional de los Consejos) y se publicó bajo el auspicio del Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda en 1938. Tanto por el penetrante análisis de la filosofía de Lenin, expresada en su conocida obra polémica "Materialismo y empirio-criticismo", como por las conclusiones que deduce en el terreno de la estrategia proletaria y de la organización, el libro de Harper puede considerarse como un verdadero manifiesto del movimiento. Como Harper piensa ante todo en la clase obrera de la Europa Central, su obra supone un nivel de cultura muy elevado, y su estilo no es el de los manifiestos clásicos sino más bien el de una polémica doctrinaria que busca la raíz de los argumentos filosóficos.

Korsch ha escrito las obras siguientes:

- Principios de la concepción materialista de la historia, Berlín 1922.
- Derecho del trabajo, para uso de comités de obreros, delegados de taller, sindicatos, etc., Berlín 1922.
- Marxismo y filosofía, 1ª ed. Leipzig 1923, 2ª ed. Leipzig 1930.

(1) Leo Weitzen-Giulini: Historia del socialismo europeo en el siglo XX, México 1943, obra bien documentada, pero deplorablemente traducida.

- La concepción materialista de la historia, polémica con Karl Kautsky, Leipzig 1930.
- La revolución española (*Neue Rundschau*, Berlín 1931).
- Tesis sobre Hegel y la Revolución, publicado con ocasión del centenario de la muerte de Hegel (1931) en periódicos alemanes y franceses, por ejemplo, en *La Critique Sociale* N° 5, París 1932.
- Introducción a la edición popular del *Capital*; edición no abreviada al cuidado de la Unión General de Sindicatos Alemanes, Berlín 1932.
- Werner Sombart, vol. XVI del Archivo para la historia del socialismo y del movimiento obrero.
- Karl Marx, vol. 10 de la Enciclopedia de Ciencias Sociales, 1933, nueva edición en inglés, New York 1938.
- Por qué soy marxista (*Modern Monthly*, New York, Abril 1935).

El K. Marx de Korsch, aunque breve, es lo mejor como exposición y síntesis que se ha escrito en el presente siglo sobre la obra del genial revolucionario.

Harper, fuera de la obra ya citada sobre la filosofía de Lenin, ha contribuido con varios artículos a la revista *New Essays*. Mencionaremos el corto y valioso ensayo sobre "Materialismo y materialismo histórico" publicado en el volumen VI, N° 2, 1942.

Otros colaboradores son Paul Mattick ("La dialéctica marxista y sus críticos recientes" y "Competencia y monopolio"), Otto Ruehle, Víctor Serge, etc. El primero se ha especializado en el análisis de las tendencias de la economía mundial y revela un conocimiento serio de la materia y de las teorías de los modernos "planificadores" y "econometristas".

Cuando suene la hora de la revolución en Europa, no hay duda que este grupo y sus discípulos desempeñarán un papel importante, no sólo por su valiosa contribución teórica sino por sus vinculaciones con el movimiento obrero europeo.

L. D.

Sumario de los números anteriores de

Babel

N° 13. — Luis Franco: Walt Whitman, el pionero / Ernesto Montenegro: Oh Capitán! Mi Capitán! (versión y texto original) / Enrique Espinoza: La escuela de Sarmiento (I) / Ezequiel Martínez Estrada: Hernández y Hudson / Manuel Rojas: Ensayo de la mañana / Ciro Alegria: Impresión de Mariátegui / Horacio Quiroga: El soldado (obra póstuma) / "De la Poesía a la Revolución", por E. E. Los libros.

N° 14. — Sidney Hook: Anatomía del Frente Popular / Manuel Rojas: Deshecha rosa (poema) / Luis Franco: Participación argentina / Enrique Espinoza: La escuela de Sarmiento (II) / Lain Diez: Renta, selección, aptitud / Jef Last: Testimonio holandés / Leopoldo Lugones: A los republicanos españoles / Los libros: "Don Alberto Blest Gana", por E. E.

N° 15-16. — León Trotsky: Retrato y autógrafo / Enrique Espinoza: Los escritores frente a León Trotsky / Luis Franco: Vida y muerte de Trotsky / Ernesto Montenegro: Trotsky, maestro de conciencias / Ciro Alegria: Perfil de un revolucionario / Manuel Rojas: El último combatiente / Edmund Wilson: Rol de Trotsky en la historia / James T. Farrell: Tributo al Gran Viejo / Dwight Macdonald: Intento de apreciación / León Trotsky: El materialismo dialéctico y la ciencia; Objetividad histórica: Un nuevo gran escritor / Las exequias de Trotsky, por J. Iaffe / Declaración de los redactores de BABEL.

N° 17. — J. S. González Vera: La voz en el desierto / Juvencio Valle: Canto de amor / Luis Franco: El genio gaucho / Hernán Gómez: Aprendizaje campero / Enrique Espinoza: El diario, la revista, el libro / Héctor Raurich: Alternativa histórica / Morton Dauwen Zabel: Un poeta en el Capitolio / Los Libros: Spinoza, Goethe, Marx, por E. E.

N° 18. — Enrique Espinoza: La reconquista de Hudson / Luis Franco: Hudson en la pampa / Manuel Rojas: El animismo de Hudson / Ernesto Montenegro: Hudson, novelista de la naturaleza / Ciro Alegria: Una lección de Hudson / Hernán Gómez: Por el rastro de Hudson (versos) / Guillermo Enrique Hudson: Una librería de viejo; Dos casas blancas: un recuerdo; Bruno López o la soledad.

N° 19. — Gustav Regler: Hijo de la tierra de nadie / Enrique Espinoza: Heine y Marx / Luis Franco: Bocacalle del mundo (poema) / Manuel Rojas: El cuento y la narración / Fernando G. Campoamor: Vamos a matar la guerra / Lain Diez: Depauperación y concentración del capital / James T. Farrell: Literatura e ideología / Los libros: "Cobre", por M. R. / Las revistas: "Hojas alemanas", por E. E. (Número agotado).